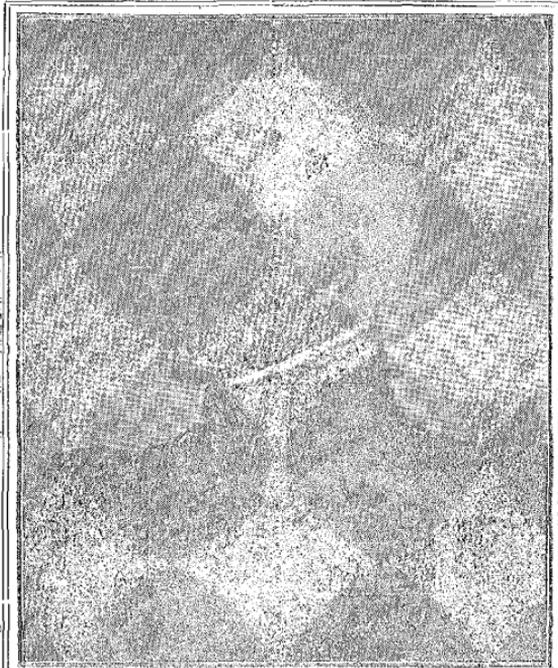


AMERICA

ENERO y FEBRERO

Núms. 6 y 7



SIMON BOLIVAR

GENIO MAXIMO DE LA RAZA INDOHISPANICA

QUITO - ECUADOR

TALLERES TIPOGRAFICOS NACIONALES

1926

SOCIEDAD AMIGOS DE MONTALVO

FUNDADA EL 18 DE DICIEMBRE DE MCMXXV

Comisión Directiva General:

Dr. Julio Endara

Sr. Humberto Fierro

Licenciado César Garrera Andrade

Sr. Jorge Garrera Andrade

Comisión Editora del Libro Trimestral:

Sr. Gonzalo Escudero

Sr. Gonzalo Pozo

Sr. Juan Pablo Muñoz Sanz

Sr. Hugo Alemán

Comisión de Propaganda:

Sr. Hernán Pallares Zaldumbide

Dr. Francisco Alvarez P.

Sr. Jorge Reyes

Dr. Miguel Angel Zambrano

Comisión Directiva de la Revista AMERICA:

Sr. Alfredo Martínez

Dr. Julio Aráuz

Sr. Antonio Montalvo

Sr. Pablo Palacio

Comisión de la Biblioteca Latino - Americana

Sr. Hugo Mongayo

Sr. Augusto Arias

Sr. Ricardo Alvarez

Sr. Olmedo del Pozo

Tesorero, Alfredo Martínez

Bibliotecario, Antonio Montalvo V.

Secretario General, Augusto Arias

SOCIEDAD
AMIGOS DE MONTALVO

QUITO - ECUADOR

SEÑOR.....

La Sociedad AMIGOS DE MONTALVO, animada por el deseo de ampliar la esfera de sus conocimientos y efectuar un activo intercambio con la producción intelectual de los pueblos hispano parlantes, ha resuelto establecer una Biblioteca Latino-Americana y ha fundado la Revista AMERICA, publicación que servirá de canje con las producciones científicas, literarias, etc., que sus autores la envíen.

Para que tan nobles aspiraciones tengan cumplido éxito, solicitamos a Ud. un ejemplar de.....
.....
que será destinado a la mencionada Biblioteca. Además se dará cuenta en la prensa nacional de los libros, opúsculos y otras publicaciones recibidas.

La Sociedad le enviará periódicamente la Revista AMERICA, desde el momento que Ud. comunique la recepción de esta esquila y nos honre con su colaboración valiosa.

Con sentimientos de la más alta fraternidad, nos es honroso suscribirnos de Ud.

ADMIRADORES Y CAMARADAS,

La Comisión de Biblioteca

Hagamos que el amor ligue con un lazo universal a los hijos del hemisfero de Cólou.

S. Boltvar

AMERICA

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA
DE LITERATURA, ARTE, CIENCIAS

Los hombres no serán felices sino cuando se tengan todos por hermanos.

J. Montalvo.

PUBLICACION DE LA SOCIEDAD

AMIGOS DE MONTALVO

Año I

Quito—Ecuador, Enero y Febrero de 1926

N^{os.} 6 y 7

SALUDO

A los Escritores de América y España

IMPELIDOS por los claros ideales que forman el imperativo de las generaciones nuevas forjadoras de un porvenir rotundo para nuestra Raza, escritores jóvenes de este solar ecuatoriano poseídos de ardor en la iniciación de la obra robusta, impecable de mejoramiento intelectual hémonos reunido en hermandad literaria. Se llamará **AMIGOS DE MONTALVO**; pues que Montalvo es símbolo augusto que otro Cervantes del Siglo de Oro—preside las veladas del pensamiento en estas vigorosas juventudes de América Latina.

Libres de prejuicios funestos, desbordantes de fe en los destinos de la Raza, decididos cultivadores del coraje, esperanza latina, nos lanzamos a esta romántica avventura para asociar voluntades desligadas, encauzar actividades dispersas en la definitiva obra de unión entre los pueblos de habla hispana.

¡A vosotros escritores de España y América! nos dirigimos en alta voz elocuente para que nos acompañéis en tan galante fiesta de la inteligencia. Aquí tendréis sitio preferido bajo la heráldica panoplia que enlaza el acero de vuestra bien templada pluma y la aristocrática flor de lys de nuestro corazón.

Sed con nosotros en consorcio familiar. El mismo sol que reverbera en los eriales de Castilla e incendia estos trópicos de oro fundirá en bronce eterno un día vuestra imperatoria estirpe ibérica y nuestra romántica rebeldía criolla.

Montalvo, el Maestro, al través de los siglos estrecha la mano heroica de Cervantes, Pontífice máximo de las Letras; Martí, el Apóstol, dialoga con Margall en los paseos del Retiro; Hostos, el pensador, es acólito de Lulio en la fiesta pascual de la filosofía, y Rodó minia en los misales de Ignacio de Loyola.

¡Hermanos escritores de América y España! Queremos concretar en perenne labor de propaganda una cultura autóctona sin vestimenta extraña, desnu-

da como virgen núbil de estas selvas lujuriosas. Amamos el arte puro, el arte que calza coturno estrecho y ciñe la púrpura en línea audaz al esbelto talle. No sopor-taremos tutelas literarias ni escuelas de mal gusto que engañan a los ojos adolescen-tes con plumajes falsos; aspiramos a levantar en academias y cenáculos la juvenil figura del arte auténtico, arrogante y seductor.

El paisaje familiar de América y la visión de España inspirarán preferente-mente nuestros geminos sentimientos, porque creemos que amando bien las cosas sencillas del hogar latino aprenderemos a derramar mejor nuestro cariño en las más apartadas regiones del Universo. *Urbe et orbis.*

La depuración del idioma es lo primero. Ese idioma que puso España en nuestros labios como flor de magia para que perfumáramos la vida. Laboraremos por su primitivo vigor y la brillantez exquisita que culminaron en Cervantes y Cal-deron, Quevedo y Santa Teresa; el refinado gracejo que exaltaron hasta lo inimita-ble Jovellanos y Larra; la primorosa fluidez que llega a seducir en Unamuno y Azorín.

¡ Hermanos escritores de América y España! Deseamos conocerlos. Que vuestras páginas jugosas de pensamiento y vuestros líricos mensajes lleguen hasta nosotros como cándidas aloudras fraternas a encantar nuestras silenciosas bibliote-cas minúsculas sedientas de sabiduría, para amarnos más aún. Libros primigenios, brotes primaverales de corazones mozos, vibrantes publicaciones del patrio lar como cordial mensaje llevarán a vuestros alcázares meditativos nuestro ilimitado fervor.

¡ Intercambio intelectual! es el grito vigilante que al cabo de centenares de años arrojamos como semilla estelar con Rodrigo de Triana del palo mayor de nuestra carabela de ensueño.

Ayer, en tierras del Cid, gallardo grupo de bravos sembradores —paladín de la cruzada— arrojó el ubérrimo germen en el surco abierto con sonora palabra pro-fética. Las juventudes absortas escucharon su eco armonioso y en el alba que em pieza visionarios mozos de ecuatorianas regiones emprendemos la quimérica jornada por ignorados campos tras la opulenta vendimia como el Hidalgo Manchego, antaño.

¡ Hermanos escritores de América y España, salud!

Amigos de Montalvo



Jorge Carrera Andrade

POEMAS

Del libro LA GUIRNALDA DEL SILENCIO

EL HUESPED

En la gran puerta negra de la noche
dan doce aldabonazos.

Los hombres se incorporan:
con su escama de hielo les roza el sobresalto.

¿Quién será? Por las casas
anda el miedo descalzo

Los hombres ven su lámpara
apagarse al clamor de los aldabonazos;

llama el huésped desconocido
y una llamita azul les corre entre los párpados!

LA HORA DE LAS VENTANAS ILUMINADAS

Desde mi sillón tatarabuelo
oigo el dulce llamado de novena.

Tienen una humildad ascética las viandas
y con sus manos de humo rezan,
mientras como una paloma seráfica
el Silencio del campo el comedor visita.
La tarde es rosada
como un gran fruto tras de una vitrina.

Desde mi sillón tatarabuelo
siento este sol envuelto en plumas,
como desde la silla de ruedas de un enfermo.
Ah, no poder calentar esta vida
cerca de un corazón cual de una estufa!
En el dulce llamado de novena
el alma parálitica
posee a Dios entre las manos juntas.

EL MILAGRO

Pentecostés de hojas parlantes
¡Librol guirnalda niña.
Jaula con las puertas abiertas
de donde las palabras se escapan como pájaros.

Canastillo que guarda
cual manzana de oro, un corazón maduro
para los postres de una vida.

Libro que hace el milagro de los panes
ante el silencio absorto de los hombres
y, con los pies descalzos,
camina sin mojarse sobre el agua!
Este libro es un barco de papel
que lleva un cargamento de estrellas y de grillos
y que va a anclar en muchos corazones.

Libro: golondrina que anuncia
mi primavera dentro de las casas!
Cesto florido de polluelos
que volarán más tarde
sobre la cúpula del día.

Itinerario de los mares altos
hacia donde le empuja
al barco de mi carne la vela del espíritu.

Este libro tiene mis ojos
y el golfo de mi frente y mi guinalda.
Yo os digo: En verdad, hombres incrédulos,
que renuevo el milagro del padre San Dionisio
al llevar mi cabeza cortada entre las manos.

EL HOMBRE CUYA FRENTE DESPIDE CLARIDAD

Anda ya con sus altos zuecos la madrugada
y la alondra rubrica su deber de humildad,
cuando pasa sereno, como una lección viva,
el hombre cuya frente despide claridad.

Desde la arrodillada puerta de la tahona,
que es el Arca de Dios varada en la ciudad,
sus anchas manos llueven hogazas sobre el mundo
en un nuevo diluvio de fraterna bondad.

La tierra le bendice y le muestra despiertos
los ojos de las plantas hinchados de humedad
y le da de comer las lunas de los árboles
y le pone en su cántaro agua de santidad.

La piedra lanza al aire, si su pico la hiere,
el alarido inmóvil de la maternidad;
y el más simple artefacto es un recién nacido
entre sus brazos curvos, dos lienzos de piedad.

En la labor del día, su corazón contempla
alzarse la cometa de la felicidad,
mientras cubren sus ojos las gafas del cansancio
y sus manos se calzan guantes de suavidad.

Ya la luz evangélica entra a los comedores
cuando vuelve a su casa por la humilde ciudad...
Y se detiene a oír las abejas del ángelus
el hombre cuya frente despide claridad.

Lecciones al Pueblo



JUAN MONTALVO

HUBO en lo antiguo un hombre que dió mucho en que merecer a Roma, su gran madre. No era sino un rebelde que encabezaba una legión de rebeldes, a quienes el Senado había simplemente declarado bandidos. Y ese capitán de cuatro bandidos venció a los más calificados generales, hizo temblar a Pompeyo, y estuvo en poco que no se alzase con el poder absoluto del imperio. Qué mucho? Minerva le hablaba al oído en figura de una cervatilla; y como el valor fuese en él lo que la sabiduría, esto es cosa grande y admirable, de simple rebelde llegó a hombrarse con la señora del mundo, y a ser el enemigo a quien ésta contempló con más angustia.

Llamábase Sertorio ese Capitán. Un día que los suyos andaban desmayados, a causa de ciertas desventajas provenientes de la desunión, hizo que formasen, y poniéndoles por delante un caballo: arráncale la cola, mandó al más forzolento de sus legionarios. No lo puedes? llama uno que te ayude. No lo podéis los dos? Vengan cuatro. Los cuatro no lo pudieren tampoco. Vinieron diez, y no fueron más poderosos ni lo fuera todo el ejército. Cosas pequeñas hay que son del todo imposibles.

Ahora, dijo a uno de ellos, y sea el menos robusto, arráncale la cola cerda por cerda. Hízolo el soldado con tan buena gracia, habiendo comprendido la intención del general, que el ejército levantó a las nubes este grito sublime: ¡Viva la unión!

Pueblo, unido sois invencible: por más que tiren opresores y tiranos, jamás pueden arrancaros de una vez: divididos los hijos de la patria, opuestos entre sí, cada cual es

una cerda que el menor verdugo desprende de su tronco. El pueblo unido es fuerte, el pueblo unido es grande. Los ambiciosos propenden a aflojar esa masa compacta, porque en ello van sus triunfos. Cerda por cerda, no hay cola que resista; toda de golpe, ni Sansón puede arrancarla. El caballo de Sertorio es el símbolo de la unión.

Unido se retira el pueblo al Monte Sacro, deja a los nobles en temerosa soledad, y obliga al Senado a llamarles puestas las manos en ademán de súplica. Unido vuelve, triunfa, cambia la forma de gobierno y da la ley en Roma. Sin el juicio y la firmeza de ese pueblo, hubieran sus enemigos debilitado y postrado, atracándoles uno por uno.

Mirad por esos bosques, orillas del Missisipi, ese animalito cuya pequeñez indica lo exiguo de sus fuerzas. Creeríais que esas calzadas gigantescas, esos diques admirables, esos puentes antiguos, esos palacios de Nínive, todo es obra suya? Suya es: no del individuo, sino de la familia; no de la familia, sino de la República. Solo, nada hubiera alcanzado el ente pequeñuelo; unido a sus hermanos, es más hábil que los atenienses de Pericles, más poderoso que los artifices de las pirámides de Egipto. Si no sabéis su nombre, pastor se llama.

Pues la hormiga? Viviente más diminuto, más endeble, no hay en el suelo; se agregan unas a otras, se apoyan, trabajan de consuno, y son fuertes. Quién sabe las obras portentosas que labran debajo de la tierra? Socabones dilatados, subterráneos profundos, almacenes provistos de exquisitos alimentos, a la unión lo deben todo. Y cuando un enemigo es osado a perturbarlas, dan sobre el triste, acósanle, hiérenle, allí

le dejan muerto; ni hay escarabajo tan valiente que pueda llevarse las de calles.

Pueblo, sed como el castor, sed como la hormiga; para la industria, para la guerra, vivid unidos: de la unión de muchas fuerzas escasas resultan una fuerza incontrastable. Habéis olvidado el peñazo que los viajeros de Lamennais van encontrando en el camino?

Los gobernantes que abrigan malas intenciones procuran desunir a los ciudadanos. Cuando han conseguido separarles por malicia, hacer que se teman, que huyan unos de otros, la tiranía se ha colocado en un trono. Pueblo, haced porque en vuestro compañero, vuestro amigo no veáis nunca un espía ni un traidor. La confianza es virtud de las almas elevadas: la suspicacia, vicio que apoca y envilece.

No digo que os pongáis en manos del verdugo fiándoos a ciegas del pícaro que se os llega a husmear vuestros secretos: la prudencia es asimismo gran virtud: si sale de los términos de la razón, viene a ser vicio detestable. Sabiduría es una divinidad ingenua y avisada a quien ni seducen lisonjas, ni enbaucan falsedades. Si sois hombres de bien, confiad unos en otros; pero guardaos del inicuo, sin tener por tal sino a ese cuyas obras son notoriamente reprobadas. No hay miseria tan grande como la de juzgarse uno rodeado de enemigos y perseguidores infames. Dios nos hizo a su imagen y semejanza, y semejantes unos a otros: tener por bribón a un hombre recto, por criminal a un inocente, por indigno a un estimable, ¿no es error del corazón bien formado, o malicia del corrompido?

Había en cierta nación un tirano debajo de cuyo imperio era preciso que cayesen, no solamente las virtudes, sino también las leyes de la naturaleza. Perseguió a todos, y todos debían ser perseguidores. Si el hermano ocultaba en su casa al hermano, pena de muerte; si el hijo no denunciaba al padre, pena de muerte; si el padre no entregaba al hijo, pena de muerte. Para honra de la especie humana, la ciudad quedó casi desierta: hermanos hubo, hijos, padres que se rieron de la proscripción, y después de llorar a sus deudos, dejaron a su vez por qué llorasen los demás. Monstruo! le dijo un día al tirano un hombre valeroso, no han de quedar con vida sino las paredes de tu patria?

Quedaron también con vida los más indignos de ella: hubo quienes entregasen al ejecutor las personas más queridas, porque el tirano no les echase toda la ley. La

unión había desaparecido; los pocos que aun respiraban se temían unos a otros, huían unos de otros. El tirano se hallaba satisfecho; y no teniendo ya asunto para su política: ahí está vuestra libertad, les dijo de repente a los cadáveres ambulantes que había sobrado, y se fue a vivir solo y sin miedo. Esta es la negra, la grande, poesía del crimen.

Si ese pueblo hubiese resistido como una sola persona, el tirano jamás habría llegado a esa terrible grandeza. Pero si los tiranos no tuvieran cómplices, ¿hubiera tiranía? Perversos hay que se apartan del pueblo para arrimarse a su opresor; cobardes que huyendo de ser víctimas pasan a verdugos. La guerra de todos contra todos ha puesto en duda a algunos téticos pensadores respecto de los fines del Creador para con la criatura. *Bellum omnium contra omnes*. Oh sentencia, sentencia atroz, tanto más lamentable cuanto más sostenida, qué no diera el verdadero filósofo porque envolviéses una mentira infanda?

La libertad es la causa común de los pueblos; los ciudadanos todos tienen deberes para con ella. El espía, el impostor, el delator, sobre los delitos de espionaje, delación e impostura, cometen el de prevaricación, faltando al juramento tácito que tienen hecho de valerse unos a otros. Desdichado del pueblo donde la fealdad de esos vicios no cause repugnancia mortal ni en los hombres de bien! Los gobiernos populares, paternos, justos no consideran el espionaje como un arbitrio del orden. El orden que no se funde en el contento general, no es el seguro; el Gobierno que no descansa en la voluntad del pueblo, no es el legítimo. Estima y amor del uno, fundados en la justicia y la dignidad del otro, esta es la gloria de los gobernantes, la dicha de los pueblos.

Pueblo, humilde sois por naturaleza: la humildad en la dignidad os vuelve respetable. Si conseguís infundir respeto en los que mandan, la tiranía se deja estar oculta, y tiembla de que se dé con ella. La virtud de siyo es respetable; pero cuando respaldedece a oscuras en individuos humildes y aislados, los perversos le faltan al respeto. Pueblo, cultivad las virtudes, y unos para cultivarlas. Un pueblo apasionado a la patria, a la libertad, al progreso, que vive unido con los vínculos del amor y la confianza, el deber y el derecho, el trabajo y los goces inocentes, es grande y fuerte; y en los pueblos grandes, fuertes, los malvados que

propenden a la tiranía van a parar en las gemonías.

En las riberas del Pacífico, en la opulenta Lima se oye un rumor sordo y profundo. El pueblo, que estaba trabajando en silencio, levanta la cabeza y pone el oído atento hacia donde el crimen da sus voces. El presidente acaba de morir a manos de asesinos, los usurpadores se levantan y proclaman su reinado a pura espada. El pueblo no teme ni huye: tiranos! grita, y en irresistibles avenidas corre por las calles, da sobre la gente armada, abrímalas, domínalas, redúcela a pedir misericordia, y los enemigos del pueblo están columpiando a poco suspendidos en las torres. Habíase el pueblo unido en el conflicto de la patria, y salvando el orden y la libertad, se salvó él mismo.

Pueblo, uníos en el peligro, uníos para salvar la patria, y cuando un crimen contra ella ha sido perpetrado, uníos para castigarlo. El pueblo unido es grande, el pueblo unido es fuerte: pueblo, sed grande y fuerte, grande por las virtudes, fuerte por la unión entre los buenos.

Entre los buenos, digo: a los culpables, el perdón; los pechos magnánimos no conocen la venganza; pero una cosa es magnanimidad, y otra deferencia por el crimen y la infamia. Entre las buenas y las malas obras, Dios ha puesto un abismo: el violador de esos lindes temerosos, o es ciego por ignorancia, o atrevido por impiedad: en todo caso es réprobo, y tarde o temprano recibe su castigo.

Pueblo, si gustáis de las virtudes, haced alguna distinción entre los buenos y los malos; buscad a los primeros, uníos a ellos; separaos, huid de los segundos.

Cuáles son los buenos? cuáles los malos? Pueblo, nadie más hábil que vos para distinguirlos. Por sus obras les conoceréis, dice el Señor. No hay hombre avieso para quien no sean malvadas las personas a quienes teme o aborrece; ni buenos, excelentes él y los de su camada. Pueblo, conocedles por

sus obras: respetad, seguid a los primeros; separaos de los segundos, mas no les persigáis a todo trance. El castigar no es vuestro, sino de la justicia.

Cuando las pasiones de los gobernantes salen de madre, y estos hombres desafortados hacen pie contra las leyes del Altísimo, burlándose de las humanas; cuando la opresión y la tiranía no reconocen término, y se lo llevan todo delante de sí, cual riada asoladora, el pueblo, por el derecho de la propia defensa, por la ley de la conservación es juez, y puede castigar ejecutivamente. Pueblo, vos no salgáis de madre: cumplid con la ley, haced vuestro deber, vivid en paz, trabajad, adelantad: todas estas son virtudes; pero no os rindáis al sueño cuando la libertad y la honra están amenazadas. El pueblo indiferente a bienes tan grandes y tan santos es insensible o corrompido: en él no hace mella el yugo de la servidumbre.

Hay en el mundo un pueblo indiferente a la libertad o a la esclavitud? No; esto sería contra la naturaleza. Lo que sucede es que a la fuerza de afrentas la honra pierde su delicadeza; a puros sinsabores el corazón se endurece y encallece. La obra maestra de la tiranía es la corrupción: proscipciones, muertes, violencias de todo género son cosas, por transitorias, no tan malas: el veneno que va cayendo gota a gota sobre el alma de los pueblos, y la entorpece, y la engargarena, esa es la sabiduría de los tiranos maestros.

Pueblo, conoced vuestro mal, y aplicaos el remedio. El remedio de la ignorancia es el estudio; el del abatimiento, el orgullo templado por la razón; el de los vicios, el trabajo. El pueblo no estudia en libros: su sabiduría es práctica; la toma del buen sentido y del ejemplo de los hombres que por las virtudes y las luces están eminentes en la sociedad humana.

Pueblo, trabajad, observad, no perdáis de vista a los que pueden comunicaros luces y virtudes.



Rogelio Sotela

ESPACIO Y ALAS



EL AEROPLANO

I

LA hélice inicia ya su movimiento . . .
 Suavemente deslízase la nave
 y es ya, bajo el azul del firmamento,
 el ensueño de Wright que se ha hecho ave!

Ha realizado Icaro su intento
 mas no como en la fábula se sabe,
 que otras alas lleva éste: el Pensamiento,
 y en esas alas todo impulso cabe.

Del trueno y de los pájaros hermano,
así cruza el velívolo el arcano
sin mirar, como el águila, hacia el suelo. . . .

Y es que el hombre no asciende por la presa
sino que va a lo azul. . . . y en la cabeza
sienten las alas con que irá hasta el cielo!

II

ARIEL está en la majestad del vuelo;
nubes, alas, espacio, desvarío. . . .
siente el hombre un extraño calorío
mas luego ve que se le acerca el cielo.

El aeroplano vira. . . . y el desvío
pone en el corazón como un deshielo,
pero late, recóndito, el anhelo
de sentir el dominio del vacío!

El velívolo sube, sube, sube,
y rompe la madeja de una nube
y asciende siempre del espacio en pos. . . .

En tanto admira el hombre que la ciencia
haya podido darle a la conciencia
alas para acercarse un poco a Dios!

LA RADIOLA

QUÉN sopla sobre el aire para que llegue esta
serena melodía?

Las ondas traen las notas de una lejana orquesta.

¿Ha llegado flotando sobre ellas la Harmonía?

¿Quién insufla el vacío,

quién puebla de rumores y de música y verso
el espacio sombrío?

¿Quién ha puesto de pronto a hablar al Universo?

[Pitágoras! Pitágoras! Comienza el mundo a crecete
y a oír lo que tú oyeras;

ya veinticinco siglos hilan sobre tu muerte,
pero se oyó tu música venir de las Esferas!

Pitágoras, Maestro: cuando tú arrodillado

en la sidérea orquesta te quedabas sumido,
y gozabas a solas con Dios maravillado,

oíste lo que ahora comienza a ser oído. . . .

Y hablaste: "En el espíritu del hombre vive todo;

el hombre es la medida de las cosas". Tú mismo
diste una clave íntima, mas la diste a tu modo:

"lo demás está en el conocete a ti mismo".

Oiga el hombre el sentido de ese verso rotundo

pues el hombre es la caja receptora del mundo

y en sí mismo conduce una caja que suena;

en su cuerpo educado lleva un audión profundo

y a través del espacio su espíritu es la antena!

San José de Costa Rica

Angel M. Paredes

HISPANOAMERICA

Primera Parte: LOS ORIGENES

LA más fecunda y sabia de las disciplinas humanas, aquella que tiene como función medir las palpitaciones de la vida, seguir la onda del pensamiento que desde las profundidades de la conciencia se alza, se hincha y agiganta, para recorrer en seguida la curva de su decrecimiento o de su transformación; aquella que debe señalar la política e inspirar la moral, que determinará los ciclos de transformación de las civilizaciones, el fudice de la virilidad de los pueblos; ha sido durante muchos siglos el panteón de los sucesos muertos, de los reyes difuntos y de los hechos *fenecidos*: ésto cuando el historiador supo diseccionar las momias de los antiguos y bajo el brillo de una poderosa evocación pudo hacernos recorrer en plena noche, las criptas donde se encerraban *añales, décadas o siglos*; que cuando inteligencias menores trazaron el cuadro de los sucesos, parecemos contemplar la fosa común donde la humanidad se descompone.

Quiso galvanizar y dar artificial vida a esas heladas momias la Filosofía de la Historia, pero perdió el camino; el filósofo hizo de su alma y de su pensamiento el molde de cuanto había sido, y para las construcciones apriorísticas de su sistema sólo buscaba datos de comprobación, o mejor: de artificial engaño; de ahí nació la humanidad con su obra única, con un fin predeterminado para cuya realización los sucesos más distintos colaboran.—La justa crítica derivó el sistema, pero no el afán de las inteligencias de explicar la vida de un modo racional; y entonces aparece el criterio del estudio psicológico de los pueblos.

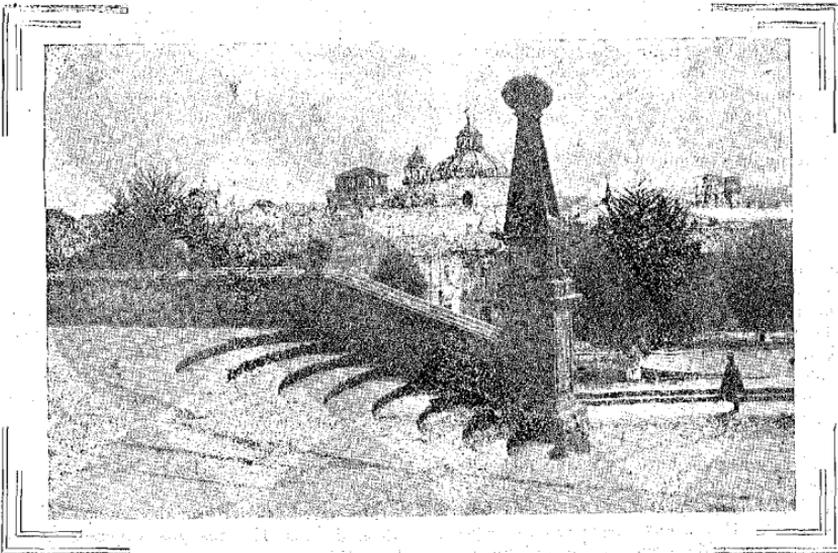
El siglo anterior y el nuestro son siglos de la psicología; el uso, y hasta el abuso del término nos ha llevado lejos: la novela de algún valor es psicológica; un drama importante tiene que fundarse en la psicología de una pasión, de un afecto o de los más altos problemas humanos; el estudio de las naciones es el de sus aptitudes espirituales; la psicología de los grupos, las clases, las multitudes, los hechos, los sucesos, las revoluciones, determinan la historia, la política, el arte y la religión.—Combates rudos han acompañado a este transformarse de los estudios;

acervas críticas se han dirigido, no sólo contra los resultados sino hasta contra los métodos.

El literato habla de la belleza de la frivolidad y de la insignificancia y la poca estética de lo profundo, de la necesidad de halagar el sentimiento y no de despertar la idea. Falso principio que olvida el significado interno de lo levemente espiritual: no soportamos hoy que las tablas de la ley se nos ofrezca entre truenos y relámpagos, circundando un Sinaí de nubes negras y preparándonos a la gravedad del misterio. El artista de hoy debe tener la levedad de una mariposa, y más aun, la tenuidad de un rayo de luz; como una claridad será su ingenio; lo menos aparatoso y lo más bello, lo menos explicable y lo más real. El verdadero arte de la frivolidad no es el vacío, es el sutil pensamiento que se insinúa, es el verbo del artista, la palabra llama, la idea virtud; abaja que lleva sus alas cargadas de polen y que al rozar las abiertas flores de las agenas sensibilidades, deja caer el germen que ha de fructificar en donde quiera: menos rudos, menos primitivos que los inmortales del Wallalla escandinavo—Ibsen o Bjornson—los grandes novelistas y dramaturgos latinos de hoy, se insinúan más y más enseñan. Nos hemos acostumbrado a que se mime nuestra pereza y la civilización de Europa no acepta, sito de raro en raro, como una novedad, las grandes emociones.

De mayor gravedad que las objeciones un tanto fanfarronas o ligeras de los literatos, son las procedentes de los hombres de ciencia. La historia, la política, y hasta la Sociología, se han armado de la fuerte pica de la lógica y se han acorazado con los hechos, rompiendo la realidad en pequeñas láminas de acero para reforzar con ellas la seca y rugosa piel de sus armaduras; y entonces han ido al asalto de las más bellas construcciones. No obstante todo eso, triunfa y adelanta el estudio psicológico de la realidad.

Pero no nos engañemos, muchas de las críticas tienen un valor evidente: las generalizaciones, en gran parte, son falsas, y el estudio hasta hoy, hecho de los pueblos es



Vista de Quito, tomada desde el atrio de San Francisco

insuficiente, parcial, dando valor excesivo, a veces, a lo que sólo lo tiene secundario, o queriendo explicar todo por dos o tres ideas o sentimientos que se los cree fundamentales. Sin evitar las dificultades Fonillée parece haberlas conocido, por eso, al estudiar al pueblo español, por ejemplo, después de haber dado los lineamientos generales de la psicología peninsular, se ve en el caso de decir algunas de las diferencias regionales, llegando en ocasiones a destruir lo que primero afirmara. Pero en este orden de trabajos ninguno más simplista que el de Buckle, del que hablaremos luego.

Las equivocaciones que se hayan cometido o que se puedan cometer, no es suficiente para que se rechace un método del valor racional del indicador: el estudio de la naturaleza y aspectos psicológicos de los grupos nacionales.—Hay predominio de energías, líneas generales de orientaciones en los pueblos lo mismo que en los individuos, pero esto no significa ni en el uno ni en el otro exclusiva dirección de ciertas actividades espirituales; tan equivocado andaría quien explicara todo neto de un imaginativo por la pura imposición de la fantasía, como el que dijera de un pueblo: «es sanguíneo-nervioso, y por consiguiente etc.», si se debiera tomar ese *consecuente* como *includible, necesario en todo caso*. Las circunstancias pueden hacer en un instante, del imaginativo, hombre sólo regido por la reflexión.

I

Las fantasías más extravagantes se han ensayado con el objeto de explicar las causas de la grave prostración que desde hace algunos siglos ha sido víctima España. ¿Cuáles son los motivos—se reflexiona—de que la vida de la Península desdiga la magnificencia histórica de sus orígenes actuales?

Después de haber paseado el corcel de su victoria por el engalanado palenque de la Europa aterrada, después de haber llevado a cima todas las proezas de Hércules: matando o creyendo haber muerto a la hidra de mil cabezas, la heregía; arrancando el bellocoino de oro al país donde el misterio y la sombra le ocultaba; enseñando al mundo nuevos abismos marinos. Después de haber dictado leyes a Monarcas y Pontífices; como Carlos V hace abdicación de todas sus glorias y en un suntuoso monasterio, que es toda España, va a engordar su devota vida de asceta y abordar la esplendidez de sus capas corales con el oro arrancado a las entrañas de la lejana América. Esto es lo que han visto la mayoría de los escritores y que Buckle, en su «*Bosquejo de una historia del intelecto español*», ha determinado mediante esta fórmula que cree agotar una psicología: su decadencia es obra del fanatismo religioso, y del fanatismo de respeto y servidumbre a sus Monarcas. Le obsesiona al autor inglés lo único y suficiente de esas calidades para ex-

plicar la historia ibérica en su integridad: «Un ciego espíritu de reverencia, bajo la forma de indigna e ignominiosa sumisión a la Iglesia y a la Monarquía, es el vicio capital y esencial del pueblo español. Es su único vicio, pero bastante eficaz para arruinarlo» (1).

Con prolijidad amontona hechos sobre hechos, opiniones tras opiniones Mr. Buckle, estudiando el desenvolvimiento de la vida, desde la caída del dominio romano en Iberia hasta el siglo anterior, para decir que España es un convento, a veces regido por un Monarca-Pontífice y otras bajo el poder absoluto de un sacerdocio absorbente; y lanzarle, que ha violado las leyes fundamentales del progreso y que por eso humillada muere.—He dicho amontona hechos, porque no ha salido una construcción de tal historin del intelecto español.

«Después de la caída del imperio romano, escribe, el primer hecho capital que nos presenta la historia de España es el establecimiento de los godos y el imperio de sus opiniones en la Península; pero como estas opiniones, en religión, eran las del arrianismo, se convirtieron en causa de una guerra religiosa provocada por Clodoveo Rey de los Francos; «así que en España una guerra por la independencia nacional se convirtió en guerra por la religión nacional, estableciéndose una alianza íntima entre los reyes arrianos y el clero arriano» (2); pero ¿cuáles podrán ser las consecuencias racionales que de un modo natural surjan de tal reconocimiento? El proselitismo de Clodoveo señalaría entre los francos una intolerancia religiosa que iba hasta la guerra entre estados distintos, y el clero arriano representaría el sentimiento patriótico.

No podemos considerar a las guerras religiosas como una innovación o singularidad en la vida de la Península: en la Edad Media, y hasta muy entrados los siglos de la nueva edad, los pueblos se despedazaban por el predominio o el exclusivismo de una creencia; y puede decirse que por menos, la larga lucha entre el Emperador y el Papa, por la hegemonía política, ensangrentó en mil ocasiones la desventurada Italia. Cierta que, considerando los pueblos de Europa en conjunto, la lucha por las creencias en España se agudiza, por las circunstancias de la reconquista del suelo contra los sarracenos, ya que en tan largo batallar, que llena más de siete si-

glos, se confunde el anhelo de la libertad cristiana con la pasión por la independencia española, y el odio entre combatientes es odio entre procellos de diversas religiones; por eso que Prescott pudo decir: «Isabel puede ser considerada como el alma de esta guerra (la de la reconquista de Granada). Se lanzó a ella con las miras más exaltadas, menos para adquirir un territorio que para restaurar el imperio de la Cruz en los antiguos dominios del cristianismo» (1). Y en consideración de cuanto se ha expuesto ¿podremos afirmar que hay en el alma ibérica un sentimiento, o mejor, una pasión abasalladora de que no se encuentre ejemplo en los otros países de Europa y que explica la decadencia de España y todo el vicio de sus instituciones? Se equivocó Buckle, y cuantos, como Lastarria, de un modo irrestricto lo siguieron; y voy a demostrar porqué.

II

Me parece poder señalar en la vida religiosa de los Estados dos diversos aspectos: la política de defensa y consagración de las creencias, obra del gobierno o de las instituciones semi-oficiales; y el trabajo individual que informa la conciencia popular, ya mediante el esfuerzo sabio de la teología dogmática, o por la labor diaria que enseña e impone actos de piedad.

La obra de la política religiosa en la Península tuvo que ser más vigilante, más diaria que en toda otra parte, por la naturaleza de la lucha emprendida. Después de haber peleado contra la morisma y haber arrebatado al mahometano su último refugio político-oficial, permanecía aun oculto, mezclado con todos los elementos de la vida de esas sociedades, mucho de las prácticas y creencias de la vencida religión; ya representado por los moros diseminados por todo el reino, ya por las costumbres infieles aceptadas por los castellanos; y todavía, a complicar la lucha se agregaba la voz de la Sinagoga que insinuante entonaba sus salmos. Si pudiéramos creer en mayor previsión del gobierno de la España de entonces, diríamos que se quiso unificar la conciencia nacional.

El odio contra el moro, después de varios siglos de combates constantes, se explica con facilidad; y la veneración por las prácticas cristianas y la fe en una religión que por obra de milagros—según se afirmaba y se creía—salvó la patria, era inevitable, formaba parte del sentimiento nacional, se confun-

(1) Buckle, «Historia de la civilización en Inglaterra», citado por Lastarria en «La América».

(2) Buckle, «Bosquejo de una historia del intelecto español», traducción de Juan José Morato.

(1) Prescott. «Historia de los Reyes Católicos».

día con él. La independencia del país fue un beneficio de la fe y la Iglesia, su depositaria, mereca el primer puesto entre las instituciones del reino reconquistado; tanto más, cuanto que el clérigo español había sido siempre el primero en marchar con el estandarte de la independencia.—No necesitamos, por consiguiente, repetir las frases, textos y disposiciones que, procedentes de Carlos V o Felipe II, trae Buckle en su obra, para reconocerlos los más fuertes mantenedores de las creencias.

Pero si los Monarcas Católicos representaban el brazo armado de la Iglesia para defenderla contra sus enemigos, ¿hicieron otra cosa los Soberanos de los diferentes pueblos en la Edad Media? ¿Hasta la designación de defensores de la fe no fue ambicionado con empeño por los Emperadores alemanes? ¿El Rey de Francia no tenía como su mayor título el de Primogénito de la Iglesia? ¿Y el estado de sangrienta lucha entre las confesiones distintas que conmovía poblaciones y Reyes no se prolongó hasta el tratado de Westfalia?

Es la Edad Media la época de la opresión de las conciencias y de la humillación de las tiranías ante el Papado. A veces, la sola voluntad de los Pontífices romanos arrancaban coronas y repartían tronos entre los vasallos sumisos de la Santa Sede. La Alemania fue víctima durante largos siglos de la intromisión del Papado en todos sus asuntos políticos, y el Jefe de la Iglesia llegó a pisotear con frecuencia las coronadas testas. ¿Habrá quién no recuerde con indignación la figura de un Emperador llamando por tres días a las puertas del castillo de la vanidad pontificia, ceñido de silicios e implorando piedad, hasta cuando el Amo del Mundo creyó suficiente la humillación?

Depuesto Enrique IV, los príncipes alemanes ponen la corona imperial en manos de Gregorio VII, y éste exige, para el coronamiento del Emperador, lo que ha llamado Bossuet el *pleito homenaje* obligándole a que jure, «obedecer en todo cuanto mandara por verdadera obediencia» (1). ¿Nos hallamos acaso en presencia de un real voto monástico?—No vemos como en tiempo de Inocencio III, fundada la Liga Toscana, ésta se compromete a no reconocer a ningún Emperador, Rey, Duque o Marqués sin la aprobación de la Santa Sede? Y hasta en la misma Inglaterra, país de todas las libertades—según se ha dicho—y que luchó por algún tiempo contra la supremacía absoluta del Pontificado, ¿no alcanzamos a distinguir el penetrar triun-

fante y avasallador de la autoridad espiritual en tiempo de Juan Sin Tierras? Inocencio en lucha con el Monarca; lanza su anatema, pone en entredicho a la Gran Bretaña, y hace temblar y ceder al Soberano, ofreciendo la corona inglesa a Felipe Augusto de Francia.

Esto, en cuanto a la autoridad del pontificado, que con millares de hechos históricos podríamos ponderar; ¿fue mayor en España? La vida de este país no recuerda humillación de la transcendencia de las ya indicadas y halló el Pontífice, con frecuencia, obstáculos invencibles para la eficacia de sus bulas en América, en el interés o discentimiento del soberano o del Tribunal de Indias; y en varias ocasiones los monarcas Católicos de España supieron imponer en la política europea su voluntad a la misma sacra potestad del Vaticano.

Y si pasamos de ese aspecto de la política de relación entre la Iglesia y el Estado a estudiar el fanatismo de las persecuciones religiosas. ¿Cuál es el cuadro? La Europa íntegra es un inmenso campo de persecuciones y de odios; la intolerancia se predica en los claustros de las más importantes Universidades del Mundo Antiguo y con mano de hierro los monarcas se aprestan a combatir las heregías.—La Sorbona, que opuso todo su vigor a las transformaciones impías, según ella, del Renacimiento, es también la que declama contra las doctrinas de Lutero: «insolencia impía que hay que vencer con cadenas y aun con las llamas, más bien que con la razón» (1).

La lucha de represiones violentas contra la Reforma y la de los protestantes contra los católicos, tiene un aspecto desolador de inhumanidad y de crimen en cualquier lugar de Europa que se la contemple; de uno y otro bando la intolerancia, el brazo encendido siempre, el verdugo dispuesto a sacrificar las víctimas. Es cierto que ningún pueblo se apegó tanto a los horrores de la inquisición como el de la Península Ibérica, pero si disgustó el aparato de los autos de fe, a una lista; no se quedaron cortos en exterminios ni las matanzas fueron menores en los otros países: «El Parlamento de Aix condenó a muerte, en 1545, a todos los valdenses de la Provenza, y mandó un regimiento que destruyese los pueblos y mató a cuantos encontró, sin distinción de edad ni sexo»; Calvino practicaba el principio purificador de la hoguera para exterminar a cuantos no pensaban como él; y los Reyes de Inglaterra hicieron grandes cosechas de

(1) Laurent «Historia de la Humanidad».

(1) Seignobos, «Historia de la Edad Media».

vidas humanas en los sucesivos reinados de Monarcas católicos y protestantes.

Declarada en la Gran Bretaña religión del Estado el anglicanismo, y antes todavía, desde cuando se decretó la separación oficial del reino de la potestad romana, los católicos que conservaban su sumisión al Papa, eran juzgados por los Tribunales como reos de alta traición y condenados a muerte. Enrique VIII, habiéndose separado de la comunión de la Iglesia, en cuanto al reconocimiento de un Jefe espiritual, se declaraba sin embargo católico y prohibía, en los comienzos, toda innovación en cuanto a la fe y a la organización de la Iglesia; en tal virtud «hacía quemar a los luteranos por herejes y a los católicos fieles al Papa los decapitaba por rebeldes».

Entre los ejemplos de las matanzas en conjunto sin el aparato de los autos de fe, pero con resultado, con frecuencia más grave, tenemos la sombría noche de San Bartolomé y los asaltos diarios de la guerra de los treinta años, que supo despoblar la Alemania; como muestra de lo que pasaba en esta campaña, nos cuentan con pavor los historiadores las insignias de manos cortadas a niños pequeños, que llevaban los soldados como trofeos.

Si las huestes españolas pelearon en los Países Bajos por exterminar el protestantismo, otro tanto hicieron en duques mortales, Francia, Alemania e Inglaterra; si los autos de fe condenaban por cientos a herejes y brujos, las disposiciones del parlamento de Aix o de los generales de la contienda de treinta años ordenaban la total destrucción de poblaciones enteras. ¿En qué se diferenciaba la una política de violentas venganzas de la otra? Tal vez sólo en los procedimientos y en su duración.

El auto de fe, repito, tenía la repugnancia de una fiesta popular en donde se mezclaba el goce de los más crueles instintos al fomentar entre las multitudes del fanatismo del odio hacia enanos no creían como ellas, y la contrición no exenta de mucha hipocresía que siembran las medidas ejemplarizadoras. Era el patíbulo, bastante más cruel que

el patíbulo de hoy.—Eso en su aspecto general, claro que en los detalles se aumentaba el absurdo de la institución, pues se condenaba por simples sospechas y a veces por la mera afirmación de un testigo, y se llevaba la sacrilega venganza a las torturas corporales y a la ejecución en efígie.

Cuando pienso en los sombríos años del reinado de don Felipe II, siento esta visión simbólica del cuadro: negruras de calabozos, entre el brillo tenue y rojizo de los cirios, en donde los extortores de las víctimas dilata las pálidas frentes de los inquisidores, y entreabre con una mueca de histérica risa los labios sensuales y sádicos de los dependientes del Santo Oficio; y en la plaza pública: la multitud ansiosa cuyos rostros teñidos con los resplandores de la hoguera, parecen manchados de sangre, y negros manteos que ocultan los cuerpos deformes y las almas perversas, como en el escudo primero del infierno del Dante.—Pero no puede darnos impresión menor las piras inmensas de poblados, villas o ciudades prendidas por los eroatas para alumbrar los fusilamientos en masa, de niños, mujeres y ancianos que profesaban distinto credo.

El otro aspecto de diferenciación es la permanencia en la Península Ibérica, más que en ninguna otra parte, de las medidas político-religiosas de defensa del dogma; pues mientras en todos los Estados europeos se templaba el rigor de las persecuciones religiosas y se tendía a la tolerancia, el Monarca español, celoso guardián de las tradiciones nacionales, ponía todo obstáculo a la introducción de ideas y principios de tolerancia y de reforma.—Esto acusa más, que a otra cosa, al carácter conservador de los hombres de la Península.

Los altos cargos civiles para los prelados y la enorme consideración política de sus opiniones, no puede extrañar a nadie; Francia en los mejores tiempos de su influencia internacional tuvo por primeros Ministros y favoritos de sus Reyes a Cardenales; la influencia del Obispo de Cantobery fue poderosísima en las Islas Unidas.

(Continuará)



PAGINA DE ALBUM



Srta. Ernestina Fernández de Hurtado

SENORA, para vos es mi sценка;
 a vuestros pies arrojé mi mandola
 y espero me dignéis vuestra aquiescencia
 ya que mi canto en vuestro honor tremola.

Por vuestro nombre dulce y sugerente,
 porque sabéis vibrar como un poema
 tejeré con mis versos la diadema
 que siempre llevaréis sobre la frente.

Pero, temo, Señora, que mi canto
 no tuviera el prestigio ni el encanto
 para exaltar vuestra gentil nobleza;

porque tal vez, al escanciar mi urna,
 os pusiérais, Señora, taciturna
 y os hiciera llorar con mi tristeza.

ROGELIO SOTELA

Augusto Arias

CUENTO DE ESTIO

I.—Retrato

Rues por la palidez que de tu rostro emana,
 — tal como las magnolias de los huertos cerrados—
 yo pienso que has viajado a una tierra lejana,
 para bañarte en una milagrosa fontana
 donde hay agua de rosas y lirios macerados.

Tus ojos. . . ¡ ah, tus ojos! . . . Son dos diamantes negros
 y no por negros brillan menos que otros diamantes. . .
 y tu risa es ingenua partitura de alegros
 que trina, mientras brillan tus dos diamantes negros
 que vieron florecer los huertos más fragantes.

Tus bucles, azabache que por milagro extraño
 en seda de azabache se hubieran convertido,
 hacen sombra a tu frente en la que hay como un baño
 de luna y de luceros que alumbran todo el año. . .
 Que alumbran. . . cualquier cosa. . . un blanco amor dormido.

Tus labios. . . ? Son más bellos tus labios con sonrisa,
 cuando tristes suspiran o cuando dulces rezan?
 Sin tener el enigma de los de Monna Lisa. . .
 son bellos cuando lloran o se alegran de risa,
 dulces cuando suspiran y eternos cuando besan.

Tus manos son tan blancas que acaso han exprimido . . .
 el jugo de las frescas rosas de las mañanas. . .
 En tus senos alienta un tremante latido,
 vive en ellos el ritmo del amor que ha venido
 y son, por lo perfectos, dos palomas hermanas.

Y así eres pequeñita, frágil y delicada
 y siempre ensoñadora como una pasión nueva. . .
 Por el diamante negro que brilla en tu mirada,
 por el beso que vuela de tu boca rosada,
 contigo he de ilustrar "El Corazón de Eva".

II.—El cuento de la Primavera, de la Perla de Ormuz y de la Rosa Negra

Y ahora, a tu retrato, como un juglar. . . a modo
 del que pone sonrisas en todo lo que cuenta
 y al cabo de dos lunas ya lo ha olvidado todo,
 voy a contarte un sueño. . . como un juglar, a modo
 de las Mil y Una Noches o de la Cenicienta. . .

Tu eras de un cuento de hadas o la Princesa Eulalia;
 el Abate, el Vizconde, eran mis dos rivales. . .

Hilabas en la rueca que ayer fuera de Onfalia,
tenías la frescura de la sin par Natalia
y en la arena que hollabas, florecaban los rosales.

Como en todos los cuentos la Amada es caprichosa
ofreciste tu amor al que más lejos fuera,
para traer de Ormuz la perla más preciosa,
la flor más imposible que era una negra rosa
y en un pomo minúsculo, toda la primavera!

Para llegar a Ormuz crucé diez mil caminos
y en una larga andanza di al fin con la Princesa
que tenía la perla de todos los destinos.
Pero brillaban tanto sus dos ojos divinos
que me quedé en los dulces ojos de la Princesa.

Había andado tierras y saboreado climas
por la perla de Ormuz, interrogando a sabios. . .
Y aunque ella quiso darme a cambio de unas rimas,
pues se quedó la perla. . . . y hoy vuelvo de esos climas
trayendo el alma triste y fragantes los labios

Pués como era una dulce princesita encantada
con fervores románticos y alma de sensitiva
me pidió la loanza de su boca rosada
y entonces renuncié la perla codiciada,
a cambio de sus labios que eran de guinda viva.

Y aunque ya sin la perla tu amor era imposible
tras de la rosa negra me encaminé, viajero. . .
Y la rosa se hacía más y más inasible
hasta que en una tarde de ocaso indefinible
vi que ella se ocultaba en un invernadero,

. . . Y al volver con la flor rara y maravillosa,
en la senda en que nacen dulces trigos garzules,
se prendó de la flor otra flor caprichosa
de ojos de cielo claro. . . Y emblanqueció la rosa
con sólo la mirada de esos ojos azules. . .

Yo no tergo la culpa. . . Ya ves que es inmutable.
Y si ojos de mujer cambian hasta las flores,
bien puedes comprender como soy incansable
y viajo hacia el estío de un jardín adorable
por alcanzar la inútil gracia de tus amores!

Sin la rosa y la perla me hería el desconsuelo. . .
Pero restaba aun el fin de la quimera
y a que no fuera grande la sed de mi desvelo,
dime a apresar entonces, con la pasión del ciclo,
en el pomo minúsculo, toda la primavera!

Y ya ves lo imposible que yo iba consiguiendo:
 en el huerto florecían diez mil enredaderas
 y en el pomo minúsculo que ha de apresar sediento
 sólo las veinte lágrimas que lloras sonriendo
 pude que se encerraran todas las primaveras!

¿Como hice? . . . Cercerando las flores a millares
 exprimí de cada una su olor más delicado,
 y como un alquimista de viejos avatares,
 los veinte mil jardines de esos extraños lares
 en veinte gotas claras todo su olor me he dado.

Nadie tuvo fragancia más intensa y más viva
 en un pomo en que caben las lágrimas apenas,
 yo sé . . . porque una gota se deramó furtiva
 y dejó tal perfume, que ese perfume iba
 fundiéndose en el alma de un millón de azucenas . . .

Pero he aquí que vuelve el cuento que has oído
 mientras tus ojos negros miran a los ocasos:
 el perfume de ayer también ya se ha esparcido
 pues la mujer fatal sus labios me ha ofrecido
 y a cambio de ese pomo se abandonó en mis brazos . . .

Yo no pude . . . Tenía pupilas luminosas
 y tez y frente y manos eran como de armiño . . .
 ¡Ya volveré a arrancar perfume de esas rosas!
 . . . Pero esa tarde tuve sus manos cariciosas
 y todo aquel perfume fue para su corpiño!

Ya ves . . . Ni flor, ni perla, ni perfume siquiera,
 ¡milagro del camido, frágil como el amor!,
 sólo en sueños se apresa toda la primavera,
 y así, como en los cuentos, hice alma de quimera
 por ver que se sonrían tus dos labios de flor.

O que tus labios . . . Oye, y en secreto, al oído,
 me besaran . . . Mañana fugará la ilusión
 y en el jardín el sueño de ayer se habrá dormido . . .
 Bésame hoy que hay aromas . . . Y hace como un ruido
 el dulce amor que juega con nuestro corazón . . . !

QUITO



Juan Pablo Muñoz Sanz

AMÉRICA LATINA Y LOS IDEALES DEL GRUPO ¡CLARIDAD!

NUEVO Mundo! ¿Acaso el adjetivo «nuevo», de evocaciones tan múltiples, está condenado a significar apenas una desinencia geográfica, para comodidad de los que escriben la historia de su descubrimiento? Hace tiempo que no lo creemos así. Ese nombre mas bien nos parece un presentimiento de la Historia, algo que puede traducirse por este otro: Mundo de Ideales Nuevos. Por que, efectivamente, muchos signos indican que en América se han de fraguar nuevos aspectos políticos y sociales, modalidades inesperadas, por lo humanas, de considerar la vida colectiva.

Estas sugerencias nos han traído inmediatamente a la imaginación los principios esenciales de ese manifiesto vibrante del grupo ¡CLARIDAD! Seis años hace resonaron por el mundo, como una clarinada en la aurora, las optimistas y serenas frases de ese grupo que desde los risueños horizontes de la Francia gloriosa lanzaba a volar el claro prestigio de un audaz pensamiento, altivo, armonioso y emocionado. ¡CLARIDAD! fue la palabra bautismal que como un conjuro de ensueño y esperanza agrupó inmediatamente a muchos espíritus generosos y por lo mismo dispersos por la faz de la tierra. ¿Por qué después de seis años traemos a estas páginas un tema ya amplia y sabrosamente comentado? Es que necesitamos recordar que esos ideales no fueron escritos para comentario de magazines de actualidad, sino con un empeño de sembradores, y por eso cada día, y mañana mejor que hoy, esas frases han de resonar en los espíritus avanzados con entonación más pura y múltiple.

La juventud de América sabe que el estímulo de ese manifiesto inmensamente humano crecerá a medida que nuestras generaciones se eduquen, y a medida que la civilización de Europa nos deje ver escombros inesperados entre el humo que el viento de la crítica disipe.

No menos cierto es que para esta misma juventud los comentarios alrededor de ese manifiesto no deben esfumarse en la lejanía de un borroso aunque estético recuerdo, y al contrario debe enardecerse, aunque admitiendo orientaciones más concretas y un

influjo no sólo emotivo sino francamente vital.

José Ingenieros, el más feliz de los comentaristas de la ideología del grupo ¡CLARIDAD!, dijo una vez que si ha podido pensarse que los párrafos de este manifiesto adolecen de vaguedad ideológica, tal censura, lejos de indicar un inconveniente debe mirarse como una ventaja, pues sus fundadores no quieren hechar las bases de un 'nuevo núcleo político, sino coordinar orientaciones de hombres que tienen ideas propias. Es una actitud, pero no es un programa.

Por nuestra parte no nos proponemos ni siquiera resumir las orientaciones y puntos de mira tan lejanos que como constelaciones desconocidas fueron señalados por los espíritus visionarios de un Anatole France, Henry Barbusse, Gide, Rolland y otros.

Mi propósito, ante todo—ya que ese espíritu anima la juvenil falange AMIGOS DE MONTALVO—, es recordar que entre todas las agrupaciones intelectuales mercedoras de nuestra simpatía e imitación, ninguna como esta debe guiarnos por los senderos floridos del ideal, que conducen a una justipreciación más profunda de los destinos humanos, a una aquilatación más exacta de los valores de la vida.

Creemos que siendo esta ideología una aurora debe encontrar en el alma de todo hispanoamericano un ambiente bien dispuesto para su cristalización, debe proyectar una luz prodigiosa, armonizable con la policromía de nuestras aptitudes, que arranque a los más escondidos ideales de nuestra conciencia destellos cuya viveza y profusión, en vez de deslumbrarnos, aliente el desarrollo de nuestra íntima virtualidad, y puesta bajo el control del *razonamiento* nos proporcione un espectáculo interno mejor, ya que no, por hoy, la satisfacción positiva de una profunda y universal renovación de valores.

De todos modos sería ingrato, si no fuera triste, desoír la voz de esos valientes capitanes del Nuevo Ideal, que antes de la Guerra y aun en los momentos mismos de la hora trágica derrochaban su pensamiento y su emoción, como el oro de legendarios príncipes, y que después culminan su obra enviándonos palabras de verdad, palabras que, desgraciadamente, rechazarán «los muchos»

que por anemia o rigidez espiritual prefieren plegarse, con escepticismo, hacia el más obscuro rincón de sus vidas monótonas.

Al rehuir, con prudencia, todo comentario al espíritu mismo del ya muchas veces citado manifiesto, no podemos en cambio dejar sin exámen aquellas proyecciones que en América han de tocar la piel de nuestra idiosincracia y quizá la carne viva de nuestras sociedades, instituciones y Estados; pues nos interesa sobre manera la forma como esas utopías han de reflejarse en la mentalidad de nuestro Continente.

Así, por ejemplo, hay dos incógnitas que llaman preferentemente nuestra atención.

Primero, el espíritu conservador de España; después, los aspectos siempre cambiantes de esos dos «ismos» tan sonoros como salas vacías: el hispanoamericanismo y el panamericanismo.

Acerca de la primera, un conocimiento breve de la historia de España basta para que el menos perspicaz encuentre que dicho espíritu es la manifestación de un imperativo que reside en todo un conjunto de factores étnicos de increíble persistencia. No vamos a traer por los cabellos, desde luego, las empolvadas crónicas de esos días oscuros de intolerancia religiosa, o de aquellos luctuosos a consecuencia de la estulticia política, tan frecuente en el pasado de nuestra querida Madre España. Nos limitamos ha consignar un hecho: la resistencia tenaz que el espíritu español ha opuesto, año tras año, al avance de las ideas renovadoras, ya en lo religioso, en lo político, en lo económico, en lo social y hasta en lo literario. Esta afirmación, que ningún lector culto hallará aventurada o injusta, sólo tiene por origen el hecho de haber recorrido con cariño excepcional las páginas de su historia, páginas a veces vibrantes de heroísmo y genialidad, y otras rudas, escuetas, descarnadas, y aunque plenas de fervor caballeresco y gallardía castiza, faltas de esa otra gallardía espiritual, de esa que nacida de un pueblo intuitivo se traduce en el gesto de un hombre que se adelanta a su siglo para proclamar la verdad, para conuover los cimientos de instituciones caducas y dogmatismos férreos. Es característico el hecho de que España tuviera en el siglo XVI un rey como Felipe II, cuya única aspiración política—sueño poblado por saugrientos espectros—era la de fundar un mundo gobernado por reyes con derecho divino; y no nos maravilla que el pueblo español, cien años hace, se golpeará el pecho lamentán-

dose como de un regicidio perpetrado por él, de la simple y explicable caída de un monarca, pidiendo a gritos el regreso de esa monarquía claudicante, si hoy hemos visto a un rey prestigioso entregar el poder a un hombre que no podría servir de ayudante de campo a Espartero, ese audaz que no quiso ser rey por que nació vasallo.

La cuestión de Marruecos caracteriza bien aquello que Cervantes nos contó de la raza en su libro inmortal. Esa política, por lo demás, sólo es del agrado de varios toreros y comerciantes que por vivir en América no han sufrido alistamiento...

Y recordando todo esto, me pregunto si España cuenta hoy con una generación capaz de recibir, en terreno fértil, la semilla de ideales tan humanos como los del grupo ¡CLARIDAD!; pues de no ser así, el hispanoamericanismo, aun juzgándolo posible, creería raquítico y expuesto a toda plaga.

Por mi parte creo que esa generación existe y que su voz se dejará oír muy pronto.

Habiémos del hispanoamericanismo.

Acabamos de decir que lo del espíritu conservador de España interesa sobremanera para la solución de esta otra incógnita. En efecto, nada impulsaría tanto la realización concreta de ese acercamiento como el intercambio de corrientes mutuas de simpatía, encauzadas por una amplia comprensión espiritual que abarque no sólo las esferas del idioma, el comercio, la literatura y el arte, según lo vemos proclamado todos los días en el periodismo de habla castiza y lusitana, sino por un cierto contacto y homogeneidad de ideales y doctrinas políticas, siquiera sean de orden internacional, entre España y sus hijas de agüende los mares. Pues, ¿cómo abrigar simpatía y confianza por un país que en pleno siglo XX, cien años después de haber sufrido una amonestación filial e impostergable en los campos de América, reanuda las intanzas coloniales, porque no aprende aun los derechos de los hombres y las protestas de los débiles?

Hasta ahora no hemos podido constatar sino manifestaciones muy superficiales de aquel sentimiento llamado hispanoamericanismo, y esto con el carácter de simples expansiones báquicas, mientras parece florecer con inusitada lozanía, si juzgamos por el tonelaje de papel y tinta que gasta la literatura de esta solidaridad.

Pero en cambio, algunos hechos de actualidad palpitante, que sería delicado citar, ponen de relieve crueles realidades. Ante

todo, vemos que los pueblos de América toleran con excesiva facilidad los bandidismos políticos, las tiranías bochornosas, las filiales traiciones, y como cada nación vive para sí, resulta muy difícil registrar casos de solidaridad, salvo aquellos en que un país, por conveniencias, cuya legitimidad y pureza de miras le es fácil demostrar con juramentos, celebra sorprendentes tratados.

¿Son estos pecados oriundos de América? No. El mundo presenta en toda su corteza la misma podredumbre. Lo que debemos reprocharnos en este Continente es

nuestro romanticismo político barato, nuestra palabrería libérrima, que se marchita al primer soplo de la realidad. Además, debemos reprocharnos el ser un Nuevo Mundo que sigue muy de cerca los peores vicios políticos y sociales del Viejo, sin llegar a copiarle sus aciertos.

El hispanoamericanismo, para ser realizable, implica, sin duda, un cambio muy radical en la política externa e interna de casi todas las naciones de nuestro Continente. Pues, ¿cómo concebir funciones nuevas dentro de organismos que si no están gastados por largos y estériles excesos como los de Europa, sufren la desoladora tiranía de las malas imitaciones, propias de pueblos incipientes? Sistemas que signifiquen renovación perecerían en su misma cuna si hubieran de aparecer dentro de organismos sociales poco desarrollados y entre engranajes políticos entorpecidos por luchas parlamentarias de dudoso equilibrio representativo. Pero las fuentes de perturbación en el orden económico, los pretextos de viola-



Edificio del Banco del Pichincha.—Quito

ción de los derechos individuales y colectivos, los continuos desengaños que en el orden moral sorprenden al observador más apático, residen en el nefasto influjo de esas enmarañadas «líneas magnéticas» de la política internacional.

Hémos aquí ante el más quebradizo juego de problemas, el que resume la mayor cantidad posible de injusticias, cobardías y temores.

Sabemos que en las relaciones internacionales, todo el mecanismo se ha hecho girar al rededor de las alianzas ofensivas y defensivas, obedeciendo así a un

instinto de solidaridad humana muy primitiva y antojadizamente interpretado hasta nuestros días. Estas alianzas, generalmente secretas, que en las viejas monarquías y bajo el régimen feudal no tuvieron más árbitro que la voluntad de los reyes o señores, ni otro consejero que un primer ministro, obsequioso para su amo, un espadachín o un oráculo farsante, pretendieron, con el aular de los tiempos, revestirse de un barniz de legalismo, de voluntad popular sometida a votación en cámaras y Consejos ruidosos. Pero lo que la historia de los derechos conculcados nos describe, ¿es acaso la resultante de tan bondadosos procedimientos? ¿Hasta qué punto las masas populares deben consentir la diplomacia de sótano y antifa? Es decir, ¿hasta dónde les es dado cumplir los juramentos que ellas no han sancionado?

Esta misma política inconsulta de alianzas pretende rebasar leyes étnicas y biológicas, preparando sangrientas rebeliones; quiere legislar sobre ciertas autonomías — las de los pequeños países — como sobre pro-

teclorados, y «dispone» las federaciones de pueblos, en contra de afinidades raciales irreductibles por hoy, y en mengua de los débiles, distribuyéndolo todo como en un tablero de ajedrez en el que resuelven su futuro las grandes potencias, y a veces, también, *hechan* las multitudes de aquellos países al campo de los acontecimientos como un puñado de dados con los cuales esas poderosas prueban golpes de fortuna, como si un bloque de vidas humanas pudiera ir rebotando impunemente por el tapete obscuro de sus destinos.

Se nos dirá que hemos mencionado el parlamentarismo, y que la solución de tantas dificultades reside únicamente en la habilidad para encauzar con acierto las discusiones y resoluciones de tan beneméritos conglomerados. Por desgracia, el parlamentarismo reinante conserva muchos estigmas cortesanos y feudales que desaparecen con extrema lentitud o se transforman, al compás de los tiempos, en nuevos intereses, lo que da por resultado vergonzosas claudicaciones.

De este modo los pueblos son colocados en la balanza peligrosa de equilibrios internacionales ficticios.

Hablar de panamericanismo es hacer extensivos nuestros reparos anteriores a un problema que, por lo demás, reclama nuevas y decisivas actitudes para su solución, pues teóricamente encierra la clave del futuro internacional, frente a esa otra incógnita del despertar de Oriente.

¿Seremos indiscretos al anotar que la abundante literatura de esta idea llamada panamericanismo ha dado tal circulación a la palabra como lo han dado a los productos Bayer, Reuter y Scott su infatigable «campana»?

Resulta curioso observar con atenta mirada las curvas sinuosas del camino de una idea y sorprender en ellas las viscosidades históricas del pensamiento individual o colectivo. Así el hispanoamericanismo ha sido enarbolado muchas veces como una reacción saludable contra un panamericanismo mal entendido, y ambas intuiciones, al principio vagas, fueron coloreándose al contacto de nuevos sistemas de ideas, concreciones de hechos y corrientes sentimentales, y el panamericanismo, corolario justo en su origen de la doctrina de Monroe, ha concluido por ser una necesidad latina, cuando la antedicha doctrina fue despojada de su piel de boa que en el fondo sólo era una risueña amenaza propia del humorismo

yanqui, pero tan habilmente explotada por inteligentes políticos, que su resultado fue mayor del que pudo soñar el afortunado presidente.

Mas, para ser equánimes, conviene hacer memoria, y creemos que nadie nos desmentirá si recordamos que fue el más grande de los latinoamericanos, Bolívar, quien logró se convocara para 1826 el primer Congreso panamericano, y que los Estados Unidos contribuyeron con su ausencia a la cruel decepción del grande hombre. Sesenta y tres años más tarde, James G. Blaine creyó llegada la hora de realizar lo que el genial empeño de Bolívar no logró. Esta vez fue un hecho la oficina de las Repúblicas Americanas, hoy Unión Panamericana.

Cuanta labor han realizado estadistas como Elihc Root y Woodrow Wilson a fin de disipar toda nube y sombra, todo prejuicio y odiosidad, al rededor de la famosa doctrina de Monroe es muy digna de ocupar el puesto de honor que le conceden los cronistas norteamericanos, al historiar la evolución de la idea panamericana; pero aun sería más eficaz para esa evolución, por ejemplo, cualquier éxito positivo de arbitraje que logran los Estados Unidos en asuntos latinoamericanos. Pero a este respecto, más de una vez Wilson mismo se equivocó: todo lo cual únicamente lo recordamos para apoyar mejor nuestro criterio acerca de lo mucho que el panamericanismo ha de evolucionar en sus métodos, sorteando los peligros que encierra no sólo la política exterior sino, más aun, la interior de cada país interesado, sobre todo si este reúne las envidiables ventajas de los Estados Unidos.

Bien. A nuestro juicio, si el panamericanismo ha de ser una «cooperación espontánea de todas las repúblicas americanas para estudiar con espíritu de paz, simpatía mutua y buena voluntad, todo aquello que afecte el bienestar general de estas naciones», el hispanoamericanismo, interpretado con amplitud, es el único camino verdadero que evitará decepciones rudas al porvenir de América, ya en sus relaciones con los demás continentes, ya en el seno mismo de las 21 repúblicas ligadas.

No es tarea factible probar en tan corto espacio la exactitud de nuestra tesis, pero ningún hombre que haya reflexionado maduramente podrá oponer serios argumentos en contra.

No teniendo Norte América ningún problema fundamental de unión, que resol-

Alejandro Andrade Coello

Inteligencia y Paciencia

¿QUÉ mundo de diferenciales actividades entre los que catalogan y los que crean!

Entre la gente superficial, que no suele ver claro en esto de la supremacía del talento creador, que hace brotar manzanas de oro del árbol del arte, más lozano que el de la ciencia del bien y del mal, es común que confundan las obras de paciencia benedictina con las señoriles de la inteligencia. Las primeras, tienen mérito relativo, acreditan laboriosa ociosidad, con paradoja y todo; sorprenden por la constancia de la búsqueda, por el anhelo *coleccionista*, por el ansia de edificar, piedra sobre piedra, ladrillo sobre ladrillo, un edificio enorme con material ajeno. Estos peones del arte, estos albañiles de la arquitectura literaria, son temperamentos perseverantes, almas que se encierran a poner en orden cuanto lograron reunir en su metódica vida.

No así los obreros de la inteligencia. Desde el primer momento, notamos que la luz del genio ha descendido sobre sus cabezas en llamitas misteriosas: se palpa que las ideas son fecundas y originales, que la asimilación está embellecida, que la propia cosecha realiza ubérrimos milagros.

Un poquillo de incomprensión, hasta de mala fe, hay en comparar las tareas del buey que ara sin descanso, abriendo surcos, ordenada, infatigablemente, para que otro encierre la semilla, con las de la abeja que sale a recrearse, discurre por los jardines y va de flor en flor para, al fin, secretar miel.

Plausible es la paciencia; deslumbradora la inteligencia. La primera, ofrece como holocausto de su actividad, el sudor de su frente; la segunda, sangre de su corazón.

Un soneto, una redondilla, un pensamiento feliz, valen más que los posados catálogos, que los amontonamientos y las clasificaciones bibliográficas, que el remiendo inacabable de la tela que no le pertenece, con hilos comprados.

No negamos que presten servicios al arte; pero son los mozos de cordel mentales no los inspirados directos o conductores de la delicada carga.

Mas, unos y otros vienen a clasificarse como indispensables. ¿Qué sería, sin aquel cascote, del airoso monumento? ¿Cómo acabar la obra de arte sin las herramientas del paciente coleccionador?

En la colmena humana se necesitan todas las actividades, tanto las de los que atesoran y ordenan, como de los que crean y derrochan. Los unos son humildes hormiguitas que proveen el invierno; los otros, soberbios, se aprovechan a la parte de aquellas reservas para transformarlas en oro y piedras preciosas, por la alquimia del arte.

Quito—MCMXXVI

ver, pues hace muchos años que el yanquisino aniquiló todo fantasma separatista, queda en pie el latinoamericanismo, pues sin su realización integral, que de un modo u otro envuelve el acercamiento hispano y el unionismo centro americano, todo sistema constructivo internacional en América será deleznable y hasta peligroso; todo sentimiento de unión panamericana será un lirismo pasajero o una exaltación hipócrita y enferma de recelos.

En fin, ya que América está aun perturbada por intrigas diplomáticas y difíciles cuestiones limítrofes, el ideal hispanoamericano ha de hallar cultivo no sólo en el corazón de los latinoamericanos sino en el de las generaciones nuevas, libres y cultas de la madre España, cuya colaboración reclamamos.

Quito—MCMXXVI

Gonzalo Escudero

LA CIUDAD ANTÁRTICA

I

Lámparas de acetileno
— luciérnagas para inflamar el silencio
de la ciudad antártica —
suspendidas de un hilo de espanto
que bamboleantes dicen
el no de las muchachas en cinta,
cuyo vientre es un acordeón que aúlla.

II

Esqueletos patinadores
vendan sus órbitas con niebla,
para no ver a sus amantes viejas.
Las brújulas señalan
el ombligo de las mujeres.

III

Las torres tienen
su corazón de bronce enmohecido.
Campanarios que muerden
con sus dientes metálicos al viento
y beben a la Noche
—boj de cerveza negra—
y juegan a los dados
con estrellas.

IV

La eternidad camina
en la ciudad antártica.
Los malandrines creen estar ciegos
y buscan para lazarillos
a los osos lunáticos
de paletós de pieles.



V

Dandys empedernidos
usan monóculos de burbujas de agua
y prenden sus cigarros con bólidos.
Los relojes orinecidos van hacia atrás
con sus doce garras
para estrangular a los hombres
que les han dado marcha.
Los barcos persiguen icebergs, como sexos
disparando cohetes de miedo.

VI

Crecen los alaridos
como muchachos de trece años.
En esta noche parten los trineos
a visitar a la Señora Muerte
por la Vía láctea
y tenderán los arcoiris,
si los puentes de bruma se han hundido.
Van los perros
con camisas de frac, ladrando al cielo
y conversando cosas tristes
que prenden luminarias
en sus ojos de acero.

VII

Y la ciudad antártica
compra algodón para hacer nubes
y azúcar para fabricar buen hielo.
El humo antártico de las pipas
hace llorar a los lobos del bosque
que mañana usarán lentes ahumados.

VIII

Las casas tienen
las vértebras dorsales de sus piedras
aplastadas por la voz siniestra
del Polo Sur que ladra.
Sus sombreros de teja
por saludar a la noche,
dejan escapar a los espectros
que ahogan a los niños
y roban a las vírgenes los senos,
para vender en el mercado
de la ciudad antártica,
panes rosados de centeno.



IX

El sueño dispara un venablo
a la pizarra austral del horizonte
para cazar a un cometa titiritero
cuya rúbrica es un alfabeto de colores.
Se oye la noche torrencial
como un circo de fieras.

X

Los bebedores guardan las madrugadas
en sus bolsillos, como navajas.
La arquitectura antártica
naufraga en sus copas turbias.
Han traído el mar sobre la mesa de azabache
para extenderlo con sus manos.
Sus narices son los tizones que inflaman
la dinamita del júbilo.

XI

Siete caballos con cabeza de mujer
han pasado.
Sus cascos suenan como petardos
que vuelcan los cántaros del llanto.
Van a asesinar al Océano
que ha gritado toda la noche, como un cabro.

XII

Las puertas se abren como párpados
para que el viento duerma en todos los lechos.
Los maridos se espantan
oyendo su unicornio de huracanes.
Y la sorpresa salta
como un acróbata de espaldas anchas.

XIII

El hacha del espasmo
decapita a los amantes
y hace saltar a las cabezas unísonas
en las alcobas blandas.
Y las cuatro paredes
son un puño apretado
para las gargantas de los moribundos
de la muerte antártica.

Quito—IX—MCMXXXV



Seta. Lucila Cruz



Srta. Olga Arias M.



Seta. Emma Glorisa Cueva

SEINEV

TRASTORNO

Es evidente que el trastorno domina al individuo y al mundo. Anhelamos la felicidad y la vida nos ofrece casi siempre dolor; queremos paz, pero muchas fuerzas concurren a la disolución y la guerra; ansiamos comprendernos, mas no la simpatía, fuente de comprensión nos circunda, sino el egoísmo con todas sus formas y matices. No ha florecido la excelsa palabra: «Amaos unos a otros», sino aquella: «El hombre es el enemigo del hombre». Ciertamente se destacan como una protesta los héroes, los selectos, los llamados locos, a quienes la multitud envenenó, maldijo y desterró, «porque su reino no era de este mundo». Tanta hermosa teoría no ha conseguido transformar la humanidad. Etnades, nacionalidad, talento, razas, religión, lo grande y lo pequeño son motivos de egoísmo y odio.

Mas, a pesar de todo y sobre todo urge predicar el evangelio de la concordia; las almas luminosas deben destellar su esplendor, porque mucho bien puede vencer al mal, mucha luz a la sombra y un gran amor al odio.

Necesitamos dedicarnos a esta obra regeneradora llevando en el alma un tesoro de belleza, de cariño, de inmensa comprensión, pues verdad, belleza, amor son fuerzas poderosas, las únicas quizá que pueden oponerse a la corriente avasalladora del egoísmo.

Las almas dispuestas para el bien son los niños, anhelosos de verdad, dóciles para

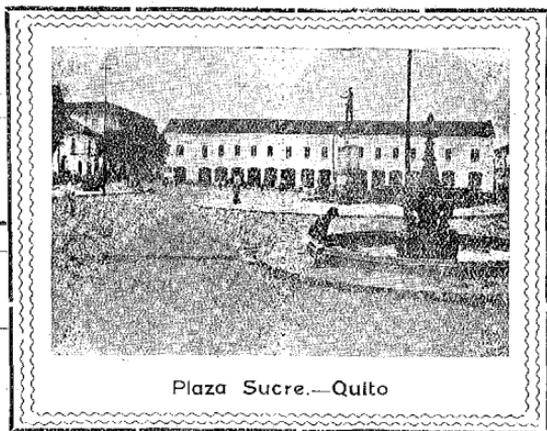
permitir que se ataquen sus nacientes defectos: magnífico sería combatir en ellos el egoísmo como cualquiera de las grandes faltas y enseñarles la bondad que puede transformar los corazones.

Nunca estará demás insistir en la suprema excelencia del sacrificio de los individuos para obtener el bienestar general, ni se inculcará demás en los niños y los jóvenes el amor al sacrificio y la abnegación. Se puede señalar el adelanto de los pueblos por la abnegación de sus hijos, lo mismo que su decadencia por el desmedido afán de mejorar los intereses privados sacrificando los sagrados intereses nacionales.

La caridad, el patriotismo y la filantropía serán siempre enseñanzas brillantes que confunden la falsa elocuencia del egoísmo. El egoísmo entronizado como señor del mundo; el egoísmo incomprensivo, despótico, inmisericorde, que empequeñece la amplitud de la vida, deforma su belleza; el egoísmo enemigo de la igualdad y de la libertad, que a los que deberían ser dulces corazones humanos, convierte en corazones duros e inertes cual rocas coronadas de nieve.

Como el sol en el firmamento, la fuente de agua clara en el abrasado desierto, un rosal fragante en el yermo, un foco de fuego en las nieves eternas; así la caridad y la filantropía ofrecen al paso de las generaciones luz y flores de saber, de amor y de refrigerio.

QUITO



Plaza Sucre.—Quito

Jorge Reyes

POEMAS

YO EN CADA COSA

— sólo el recuerdo no es mío;

recuerdo, estrella en charco
 Sol de hoy, sol de mañana, arco-iris de siempre,
 instante que se va de las manos,
 tierra del alba, estrella primera de la tarde
 límpida como mis actos.
 De abrazar a la tierra
 tengo fuertes los brazos.

Como mi sombra a mí es cada cosa al Tiempo
 matriz, inán eterno.
 en la inquietud total del punto humano.
 Yo soy igual en cada cosa y todo
 se amolda a mis manos;
 pero el río del Tiempo
 me va socavando.

Ronda de la Vida
 como la estrella del pastor, naranja,
 mi desnudez de espacio
 tiene tu guirnalda,
 porque he bebido la risa en tus labios
 y el pozo de tu cuerpo
 me ha dado el milagro
 del hijo
 que me ha resucitado.
 Ronda de la Vida,
 como la estrella del pastor, naranja,
 yo estoy en ti saltando;
 pero el río del Tiempo
 me va socavando.

Gota de luz que vas a caer a la Tierra
 del último astro,
 yo estuve en ti y estoy en ti
 como lejano:
 el puente del Tiempo
 tenderá entre nosotros un arco,
 gota de luz
 del último astro.

Mujer de mañana
 yo estaré en ti como en los frutos del campo;
 muslos de leche, colinas de los senos,
 como labriego sabré socavaros:
 y mi actitud salvaje
 que ahuyenta a los pájaros
 sabrá adormecerse
 en tus brazos oceánicos,
 aunque el río del Tiempo
 me vaya socavando.

Oyeme mar; yo tengo el pecho rudo,
 formidables los brazos
 y mi corazón es un arco de guerras,
 te desgajaré como a un árbol;

tus ojos de medusa, el caracol tu ombligo,
tu cuerpo blando de molusco
iré despéjazando con las manos,
y ya limpio de carne
te duré el cielo de un vaso.
Mi voluntad está en ti, forjada
como la proa de un barco.
Mañana yo seré el mar de brazos extendidos.
y tú serás el náufrago.

Libro,
eres un Ecce-Homo,
en ti estoy coronado
con la corona de espinas del recuerdo
—oh, espanto!—
Libro,
de tambor en tambor hacia el futuro
va tu bandada de cantos;
eres como una cruz
y te amo;
pero el río del Tiempo
me va socavando!

Así yo en cada cosa—el recuerdo no es mío;
recuerdo, estrella en charco!—

EL PUERTO:

grúas negras, mástiles de navío,
gritos, sirenas y la mansedumbre del río.
Blasfemias, risotadas, crujir de amarras; brea,
sudor, fruta, cosechas zahumantes; chimeneas
ennegrecidas como marineros.
Apuntalan los mástiles a los altos luceros,
y los lobos de mar, con la boca prendida
del pezón de sus pipas, miran otra partida...
Sirena... el viento agita su pañuelo de adiós,
el río escape una ola y la ciudad su voz.
Mientras del borde de una campana
ruedan las cinco de la mañana.
Y nos quedamos, soñando, en el puerto
yo, mi pipa y el viento.

LA COLUMNA

dorsal de mi tierra es el Ande,
mi tierra, hija de Mayo, donde despierta al sol
el gallo estupefacto desde la Catedral.
El cántaro del cielo la riega todo el año
y la perfuma el viento del Noreste.
Mi tierra es una campana;
mi tierra es un incensario:
S. Francisco de Quito, con sayal y guitarra.

Quito—MCMXXXIV

JULIO ARAUZ



REFLEXIONES

SOBRE UN PROBLEMA INTERESANTE



CUVIER no sólo es el creador de la paleontología, sino también de una ciencia anatómica muy importante, que ha servido en más de una vez para esclarecer problemas de mucha complicación en las ciencias naturales: esta ciencia es la anatomía comparada. Veamos como esta rama especial del saber humano se compaginaba perfectamente con las ideas fixistas de su autor, y cuales han sido las repercusiones que tan sabios descubrimientos han tenido en el saber moderno.

La presencia de fósiles de especies diferentes en capas geológicas vecinas, esto es, superpuestas, indujo a Cuvier a formular su célebre hipótesis de los cataclismos. Pero al examinar los restos orgánicos de estos terrenos, la atención de Cuvier se dirigió, sobre todo, a la explicación de un hecho que parecía sorprendente: los seres vivientes de todas las edades, a pesar de la diferencia de especie, presentaban un plan morfológico de organización, perfectamente visible, con la observación comparativa y detenida de esos mismos restos, y más aun, esa relación morfológica podía extenderse hasta a las especies que actualmente habitan el planeta.

¿Pero, cómo compaginar los cataclismos y las creaciones sucesivas y aisladas, con ese nexo morfológico que presentaban los seres vivientes, y que el mismo Cuvier había sacado a luz con su anatomía comparada?

Sólo una explicación era posible, ya que aquella relación de formas no podía ser obra de la casualidad; todas las especies eran obra de una fuerza creadora, que de lapso en lapso se venía manifestando con una nueva hornada de animales y plantas, pero esa fuerza superior no procedía en sus creaciones de una manera alocada, caprichosa, sin método; no producía lo que le venía en gana, porque sí, no hacía por hacer, salga lo que saliere, por mejor decirlo—si bien no lo pensaba Cuvier—no accionaba libremente, puesto que se le descubría obligado a desarrollar un plan, a seguir un camino determinado, a completar una obra, a no producir, aunque con múltiples variantes, sino en un molde preestablecido. Se podía admitir libertad de elección cuando el parto de los primeros seres, pero después, no había ho-

cho más que continuar por el mismo derrotero de una manera fatal. Se puede concebir perfectamente una fuerza creadora sublimemente libre, capaz de ejecutar cuanto quisiere su soberbia voluntad, pero no es este el caso de la fuerza que había poblado la Tierra en las diferentes edades de su existencia, esta fuerza era esclava de su primera concepción, por lo menos así se nos ha manifestado en todas sus obras, así la hemos concebido mediante el estudio que hemos hecho de sus producciones, así nos revela la anatomía comparada.

El Hacedor de la vida seguía, pues, un plan que no lo abandonaba o porque no podía o porque no quería, lo cierto es que jamás se manifestaba de otro modo, pero también es cierto que no valía la pena de destruir con aquellos cataclismos generales para volver a crear conforme un mismo plan, esto es, en moldes parecidos. ¿Era anhelo de ocupación, despo inmoderado y contradictorio de aniquilar y construir o vehemencia de perfeccionamiento? Sea como fuere, de ningún modo se llega a justificar ese como afán asesino. Y si era voluntad de perfeccionamiento, más racional parece que una vez creados los seres, se los dejara tranquilos para que se modificasen y perfeccionasen a sus solas, conforme leyes bien establecidas, y no obrar por matanzas generales, dignas del peor de los verdugos. Pero no, la dogmática había venido enseñando como indiscutible la creación más que esporádica, expontánea, sin precedentes, repentina, de las formas vivientes, y tenía que conservar su palabra, sobre todo en tratándose del hombre, para el que convenía a todo trance, reconocerle una hechura especial y preferida; por eso, la dogmática recibió con aplausos las doctrinas de Cuvier y ha contribuido grandemente para que estas se conserven intocables durante mucho tiempo.

Pero es necesario y justo reconocerlo, que Cuvier, con el descubrimiento del plan general de organización, con su anatomía comparada, trajo al mundo científico un reguero de luces nuevas, y que con sus trabajos originales puso a la zoología en una altura hasta entonces inicitada; Cuvier, en efecto ennobleció la zoología y por ende la botánica; pues estas ciencias tenían por objeto ya no

la simple descripción morfológica de los seres vivientes y su clasificación en un orden de catálogo, sino que pretendían buscar, descubrir y explicar la obra divina: Con Cuvier, la ciencia de los animales y la ciencia de las plantas, fueron las ciencias que trataban de sorprender e interpretar el plan de Dios, y el naturalista, el gran artífice de tan formidable empresa.

Ya Cuvier mismo, por medio de sus numerosas observaciones en los fósiles y sus repetidas disecciones en toda clase de animales, había comenzado, en el terreno de la zoología, a vislumbrar el gran secreto del Eterno Creador y Destructor, cuando, como resultado de sus brillantes trabajos proclamó sus cuatro tipos o sea sus cuatro grandes encadenamientos del reino animal: los vertebrados, los moluscos, los articulados y los zoofitos o radíolos. «Son estas formas—decía—las cuatro formas principales, los cuatro planos generales, sobre los cuales todos los animales parecen haber sido modelados».

Fijándonos bien en lo que ocurre en el reino animal se ve, por consiguiente, que hay cuatro moldes y no uno sólo como decíamos hace un momento, con los cuales el Supremo-Hacedor ha fabricado todos los animales, pero siempre son cuatro fijos y bien determinados fuera de los que, a pesar de toda la habilidad omnipotente jamás ha podido salirse. Así, cuando ha querido hacer un ser viviente que tuviera huesos, forzosamente se le ha visto recurrir al molde de los vertebrados, de la pata del pez, el ala del pájaro, la del murciélago, y el brazo del hombre, por ejemplo, todos están constituidos por una serie de huesos que se corresponden de una manera sorprendente, y lo mismo que se dice de estos miembros del cuerpo se puede decir de los demás: todos los vertebrados reconocen el mismo modelo, todos los moluscos tienen el suyo, e igual cosa ocurre con los articulados y los zoofitos, y esto, desde que el mundo es mundo, desde que el mundo es poblado por seres vivientes, desde la primera creación hasta la última, que es la que nosotros conocemos y a la que pertenecemos.

Pero en donde se ve con más claridad esa sujeción completa al molde preestablecido, es en la existencia, en el organismo animal, de ciertas partes que son completamente inútiles para el individuo que las posee. Así, tomando un ejemplo de los más comunes, observamos que los porcinos tienen cuatro dedos en cada pata, pero de los cuales sólo dos tocan el suelo, los restantes, no les sirven absolutamente para nada. Y si examinamos la pata de las ovejas, encontramos más todavía, estos animales no poseen sino dos dedos, pero acodados a los huesos del metacarpo encontramos, a lado y lado, los huesos que corresponden a los dedos que el animal jamás

ha poseído. Por fin, el caballo no tiene sino un dedo, pero así mismo, conserva lateralmente, pegados al metacarpo, al estado de huesecillos raquíuticos y endebles, los huesos correspondientes a los dedos que le faltan. ¿Por qué, pues, para crear animales que no necesitan la pluralidad de dedos, se los ha hecho provoyéndolos de todos los dedos, en el mismo molde, bajo el mismo plano de aquellos que si los necesitan, y más aun, como en los casos de los animales anteriormente citados, para dejar a esas partes creadas sin ninguna utilización? Tal vez pudiera ser un capricho del artífice, pero de cualquier modo se ve, que por no modificar el modelo, que por seguir servilmente el plan común, crea y produce cosas que son perfectamente inútiles: el artista creador de los animales, es tan esclavo de sus moldes, los quiere tanto, que prefiere hacer miembros inservibles antes que abandonar sus patrones de fábrica.

De nuevo diremos, caprichos del Creador, pero, al fin y al cabo, si así fuera, de cualquier modo sería un capricho incomprensible, insensato, ridiculo en una palabra, y que la ciencia tiene que rechazarlo porque no explica nada y más bien riega una confusión enorme en el campo de las ciencias naturales.

Y analizando serenamente el asunto, la teoría multiereacionista y fixista no tiene ningún argumento serio capaz de poder explicar la anomalía de la existencia de órganos inservibles, cuyos casos son tan frecuentes en el mundo animal, que sin exageración podemos afirmar que no hay individuo, de cualquier especie, que no los posea. Y si el ereacionismo y fixismo no satisface a la razón, no sólo por lo que acabamos de decir, sino también por las múltiples observaciones que hemos anotado anteriormente, es natural que debemos buscar otras explicaciones que vengan a poner en concordancia todos los hechos observados. Ya en tiempo de Cuvier mismo se empezó a rebatir las ideas ereacionistas y fixistas, pero Cuvier fue un verdadero monarca de su ciencia y reinó en gran señor durante toda su vida, y los célebres naturalistas que fueron sus contemporáneos quedaron eclipsados ante su enorme personalidad. Sin embargo el geólogo inglés, Charles Lyell en sus «Principles of Geology», pocos años después de la muerte de Cuvier, escribía: «No es necesario para explicar las diversas transformaciones geológicas del Globo, recurrir a los cataclismos imaginados por Cuvier, y que la acción lenta, pero continuada, de las fuerzas naturales, accionando durante períodos de tiempo considerables, nos hacen dar mejor cuenta de los fenómenos geológicos, que las revoluciones universales y repentinas. Por otra parte, nosotros mismos vemos constantemente, con nuestros ojos, la acción de esas fuerzas, que no tienen, por consiguiente, nada de misterioso».

Humberto Fierro

LA FUENTE VERNAL

Qué emociones tan puras y tan nobles
Despiertan las mañanas y las rosas,
Y las drjadas suspiran en los robles
Que dan sombra a las aguas rnmorosas. . .

Canta, cántame un blanco ritornelo
Que adormezca las penas vagabundas,
Sin saber de la tierra ni del cielo
Entre las florocillas que fecundas.

Así mañana al aflojar la mano
Entusiasmos, amor, melancolías,
Aun callada la flauta del silvano
Manarás tus sonoras elegías. . .

Miguel Angel Zambrano

FIAT LUX

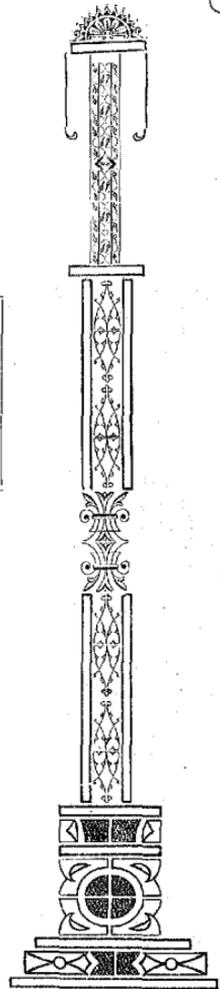
Era la eternidad: Extático en tí mismo
vivías, oh Tú, el Único, como sobre un abismo
que tuviera un espejo sin fondo por entraña;
y un día, de improviso, sentiste que una extraña
duplicación de tí, subía hasta tu mano;
soñabas: era el Caos; surgiendo de lo arcano
se disolvió en tu ser como una inmensa niebla
y al verlo hirió tu grito la roca de tiniebla. . .

Y cataratas de astros rodaron en la sombra. . .

Y este instante, Señor, en que mi voz te nombra
tu grito me responde, tu *Fiat* que perdura
al través de los tiempos, y ésta mi cárcel dura
hecha de piedra negra como una catacumba,
se llena de tu grito, resplandece y retumba.

Y en mi mano ha caído una chispa, una estrella,
y ha prendido la antorcha que tu pusiste en ella
para alumbrar la senda que me llevará a tí
—el viento la apagó y el camino perdí—
hoy de nuevo la enciendes y me envuelve y me ciega
el resplandor divino que en mis pupilas riega.

Y todo el Universo se llena de tu grito
y mi alma es una gota de tu luz, ¡oh Infinito!



Hernán Pallares
Zaldumbide



Ventura García Calderón

Los dos mejores libros
Latino Americanos
del año

LA crítica francesa, al hacer el balance literario del año, declara casi por unanimidad que los mejores libros latino americanos han sido «La Venganza del Cóndor» de Ventura García Calderón y «Efígenia» de Teresa de la Parra; una colección de cuentos peruanos el uno, una novela el otro.

En el pórtico de un pequeño libro suyo, arduo y bello, puso esta orgullosa insignia: «Alt y Garra». Ciertamente que la curva mental de Ventura García Calderón, es semejante a la que en azul rufioso hacen algunas aves extrañas, que aun en el vigor de sus reinos ágiles el certero golpe de la garra. En él nos mostraba ya cómo su espíritu y su estilo, grave y aligero, habían condensado la más pura esencia poética en la más leve forma. El poeta que siempre hubo en él—acordaos con qué rutilante ronda de imágenes tejó sus prosas,—cuajó sus arranques líricos en versos precisos.

Nos dijo en su «Blasón»:

Todas las mañanas parte mi esperanza
Del arca incierta en que muriendo vivo.
Todas las mañanas parte mi esperanza
En busca de paz y de la rama de olivo.

A la ribera azul de la añoranza
Lleva en el cuello un mensaje cautivo,
Mas la viajera de su lontananza
Nunca regresa al palomar nativo.

Desde el más alto palo de mesana
Mi alma está como la hermosa Ana
Oleando el vasto y funerario mar

Y a despecho de la espera vana
Salen a naufragar cada mañana
Nuevas palomas de mi palomar.

Quien encerró la cantinela de su esperanza fatal en los catorce versos de este soneto, tiene derecho de llamarse poeta.

Luego de este libro, que es como la suprema síntesis de su espíritu y de su forma, Ventura García Calderón nos da otro que también resume magníficamente una de sus modalidades: el cuentista. La «Venganza del Cóndor», una veintena de cuentos peruanos, es, con relación a «Dolorosa y Desnuda Realidad», lo que «Cantinelas» a sus crónicas y otras prosas líricas.

Perfectos en su brevedad, nos dejan entrever estos relatos, prisionera en el temblor lírico de la frase, en su azogada transparencia, la realidad a veces áspera como las cimas en que se eriza esta tierra de América, como las selvas en que explosiona. Otras, la eterna lucha de los seres que se encierran en las cárceles de sí mismos. Rudós, primitivos, iguales a la naturaleza que les circunda, refinados o extraviados por rezagos de civilizaciones, ridículos o trágicos, fuertes o débiles, siempre nos los da en un esbozo rápido, definitivo. En veinte frases todo un mundo, toda la tragedia.

Muchos de ellos—como su Venganza del Cóndor, su Chamico y otros—después de leerlos, quedan vibrando en nosotros como si se hubieran esculpido en los nervios.

¡Qué lejos del falso sentimiento romántico de la naturaleza que creía ver en la disposición de los gajos de la naranja, la mano del buen Dios que disponía así las cosas por amor a sus criaturas. Aquí una naturaleza brava, ciega, domina los destinos como los hados antiguos. Así vemos que las diviidades fituriales de nuestros ríos salvajes, se alborotaron contra un buen fraile que quiso bautizar sus riberas paganas.

En lugar del romántico idilio que eternamente floreció bajo nuestras selvas y al pie de nuestros montes, la más cierta mujer, la Salomé que incendia nuestra lujuria, la que ahinea en nuestras carnes débiles la garral de su pérfida seducción. Y en cambio del indio humilde y simple, el que guarda para el blanco un odio taimado y en las vertiginosas cumbres andinas encarga la venganza a los cóndores en acecho.

Pero casi estoy resumiendo algunas de estas breves historias perfectas. Sería echarlas a perder, darlas en floja prosa de reflejo.

Los que no las conocéis, id a ellas que luego de apuradas os quedará en los labios un sabor a médula y en el espíritu un temblor de alas.

Dice Max Daireaux— a propósito de la traducción francesa de este libro, que acaba de aparecer en París,—la sobriedad, la fuerza, el acento de estos cuentos, son de un maestro, y la crítica, a menudo tan lenta en discernir los valores, no se ha equivocado esta vez en colocar a Ventura García Calderón en el rango de los primeros cuentistas contemporáneos. No se trata de hablar de Merimée, de Maupassant y de Kipling, para aplastar al recién venido con el peso de estos nombres, sino de abrirle al lado de ellos un sitio condigno.

Y bien está para mayor gloria nuestra, que un tal libro esté modelado con el barro de nuestra América.

* * *

"Ífigenia". He aquí un libro de mujer. Y este es, seguramente, su mejor elogio. ¿Por qué, en el esfuerzo retórico, en la paciente labor del artista, naufragaron, por lo general, las esenciales cualidades femeninas: el cabrilleo azogado de la sensibilidad, la imaginación que en la realidad vibran tan fuerte y deliciosamente?

El mayor arte de la mujer en literatura debiera ser quedar siempre mujer. Teresa de la Parra lo ha realizado. La autora o su heroína— este libro tiene un marcado sabor autobiográfico y a veces parece su fiel retrato— no deja de ser exquisita mujer. Por esto tal vez se fusionan en él cualidades al parecer contradictorias: es romántico y realista, lícido y ferviente, irónico y tierno.

"Diario de una señorita que escribió por que se fastidiaba". De regreso de París a su Caracas natal, el aislamiento, la soledad, el recuerdo nostálgico de otros mundos, le

llevan a sí misma y nos abre su mundo interior y nos hace ver el que le rodea y nos da, sobre todo, su bello retrato. Y en torno de ella, de esta figura central, que a cada momento nos hace exclamar lo que las modistas de París, cuando le probaban los vestidos: "comme mademoiselle est bien faite"; se mueven, deliciosas, precisas, de mano maestra, las de Abuelita, tío Pancho, tío Eduardo, la negra Gregoria.

Familiares figuras que hacen el ambiente, la sociedad en que vive María Eugenia Alonso, y que no son caras y quedan fuertemente grabadas en nuestra memoria por lo que ellas tienen de parecido con otras de esta tierra de América.

Abuelita, la buena y rancia abuelita que representa a la hija de la vieja sociedad severa, se lamenta de que este mundo moderno no se parezca ya al suyo. Bien quisiera verla a su María Eugenia, estrecha de espíritu, ciega bajo la cristiana fe, resignada, silenciosa y hacendosa, pasar por la vida como una sombra enlutada, que fuera de la casa a la iglesia hasta que un caballero de la buena sociedad le atara para siempre al yugo conyugal.

Pero María Eugenia ha traído de París con las "toiles" para su bello cuerpo, otras para su espíritu: tiene el culto de la belleza, duda, piensa, vé, protesta y es a pesar de todos, siempre ella.

Romántica bajo las claras tardes de San Nicolás en donde sueña y espera; lúcida cuando analiza a los demás y a veces a sí misma, es, en suma, la síntesis de la moderna mujer.

Hay en esta novela tipos de trazo firme: tío Paicho, un poco "anatoliano" en su escepticismo jovial; tía Clara, "lirio votivo" que se consume a sí misma en sus cuarenta años de soltería y misticismo; tío Eduardo, rapaz bajo un manto de honradez; la negra Gregoria, fiel, inteligentísima, arca de recuerdos familiares. Y vaporosa, leve, como si temiera hacer gravitar sobre nosotros el peso de su pena, exquisita, cordial, pasa Mercedes Galindo.

La frase es breve, ligera a pesar de su amplio ritmo; y el sangre que todo lo vivifica— la sensibilidad femenina impregna el estilo de un temblor lírico, como la iridiscencia del sol sobre las aguas.

De las mujeres que escriben en América dos tienen el centro de la literatura: Juana de Ibarbouron el de la poesía lírica y Teresa de la Parra, el de la novela.



Hugo Alemán

El Sendero Incógnito

Estoy desorientado, porque estoy al comienzo
de un camino que nunca conocieron mis ojos;
el temor y la audacia me asaltan, porque pienso
que este sendero virgen puede esconder abrojos....

Y no obstante, mi grave mirada reflexiva
copia las arideces de otra senda lejana
que dejó mi inconstancia, mi buena y compasiva
inconstancia que, a veces, es mi mejor hermana....

Comparo las dos sendas, y no sé si me engaño;
¿quién pudiera saber si es mejor lo que dejo!,
pero está la esperanza bajo este cielo extraño,
como no ha mucho estuvo bajo otro cielo viejo....

¿Es mejor ser inquietos, inestables, errantes,
o rendirse a la fácil tentación del descauso?
Siempre es mejor ojear horizontes distantes
que ir mirando la misma tierra, como un buey manso....

Siempre es mejor buscar la vida en otras vidas:
cada una es un sabio que nos da una lección
diferente, que enseña las cosas no aprendidas
por el niño travieso de nuestro corazón....

Siempre es mejor gastar el tiempo en episodios
absurdos, en galantes y rústicas escenas;
morder fresas de amores y mandrágoras de odios;
beber miel de alegrías y veneno de penas.

Amar los ojos tristes y los ojos perversos;
lo real, lo inverosímil, y la virtud, y el vicio;
y llevar la sangrante locura de los versos
clavada en el espíritu como un santo cilicio....

Amar lo que perdimos y lo que no se alcanza;
lo fútil y lo grande, lo humano y lo divino;
y verter en el ánfora azul de la esperanza
el corazón, que al mundo brindamos como un vino....

Lograr todas las dádivas de la vida en un día;
no importa la demencia de perseguir vestigios!....
Volver a la nostalgia y a la melancolía,
¡y ser así por todos los siglos de los siglos!....

Alfredo Martínez

LA PRINCESA DEL CORAZON DE LUZ

Del libro LA SONRISA DEL SOL

SENOR, he recorrido los pueblos de vuestro poderoso imperio y no hay hombre que adivine el mal de la Princesa.

El Monarca suspiró profundamente y, como si en el suspiro le hubiese ido la sangre de su rostro, se puso mortalmente pálido.

—Andad y recorred las ciudades de la tierra y ofrezcad la mitad de mis dominios. . . Decid que la vida del hombre que fundó cien ciudades y enriqueció las artes y las industrias, está en peligro—ordenó el Monarca con la cabeza inclinada y los ojos nublados e indecisos.

—Señor, hay una esperanza.

—¿Cuál?

—A cien leguas de esta mansión existe un bosque sombrío. . . Una tarde, cuando el Sol se hundía en un ocase de llamas y yo admiraba el prodigio de sus resplandores en las altas copas de los árboles centenarios, of una voz tras de mí; regresé, y mi asombro fue grande al encontrarme frente a un anciano majestuoso, de barba rubia como el oro y de cabellera blanca como la nieve. «—Sé lo que buscas, buen hombre—díjome.—Regresad, y cuando tu Señor os mande recorrer el mundo, decide que el remedio de la Princesa está en las cumbres». Cuando calló su voz vibrante y sonora, interrogué la incógnita de sus palabras. No conseguí respuesta. El misterioso anciano desapareció entre el tupido follaje dejando una estela de luz. . .

—«El remedio de la Princesa está en las cumbres»—repetía el atribulado Monarca, ansioso de sondear el misterio de esta frase que le torturaba como una saeta de fuego prendida en la cabeza.

Pasaron días, semanas y no hubo humano que descifrara las palabras del extraño personaje.

Una tarde, cuando el crepúsculo ocultaba con sus velos violáceos y transparentes el paisaje melancólico de la Naturaleza, llegó el Monarca casi desfallecido en su blanco corcel; el grito de dolor que traía en el

espíritu como un quejido de mar en tempestad, era desgarrante y matador; y el trayecto recorrido al galope, había sido largo y pañoso.

—¡Hablad . . . que me muero . . .!—murmuró la Reina, presa de terrible inquietud.

—¡Nuestros temores se han cumplido! . . .

El Príncipe es inexorable. Oid sus palabras monstruosas: «Habéis, Monarca, engendrado un cadáver viviente. . . Vuestra hija no tiene corazón».

Dos lágrimas rodaron por las mejillas del Monarca, lágrimas ardientes que fueron a encender, como gotas de fuego, la dilatada frente de la Reina que, víctima de lo inesperado, cayó desfallecida en brazos de su esposo.

—¡Mi hija sin corazón! ¡Cómo curarla? . . . Se ha tornado en sombra la sabiduría del hombre! . . .—baluceó la Reina al volver en sí, asida de las rodillas del Monarca que permanecía rígido como una estatua.

—«El remedio de la Princesa está en las cumbres»—habló un Consejero que acababa de franquear el real camarín.

—Esplicae . . .

—Señor, la Princesa necesita libertad. . .

—¡Libertad! ¿Cuál ha sido su esclavitud?

—La habéis guardado demasiado en el palacio. El Sol, que es sangre y alma de la vida, no conoce vuestra primogénita.

—Deliráis. Nadie ha atesorado más placeres y felicidad en el mundo que bajo el techo de esta mansión. ¿No me habéis dicho que la alegría es felicidad de la vida?

—Si os he ofendido, Señor, perdonadme. Seguida de algunas doncellas pálidas y hermosas, como esas flores blancas que agonizan de esto, entró al camarín la Princesa blanca como un lirio enfermo y bella como una divinidad infantil que se agosta en Primavera.

—Padre, ¿habéis hablado al Príncipe?

—Sí, hija mía.

—Os ruego que no me habéis más de él.

—¡Hija mía . . .!

—Ha mucho tiempo que, atendiendo vuestros consejos, he consultado a esa entraña

que lloráis corazón, y nunca he podido alcanzar una palabra de afecto para el Príncipe.

—¿Quién ha robado vuestro corazón, Princesa? ¿Amáis a alguien?

—¿Cómo podían robarne una cosa que nunca he conocido mi pecho, Padre? No conozco el amor... El amor debe ser algo grande y eterno... El es quien debía ocupar el inmenso vacío que como una noche muy negra la llevo en mi alma.

Cubrióse el rostro con sus manos diminutas, pálidas y ansiosas de un ósculo del Dorado Príncipe del Cielo. Y luego, con paso indeciso, abandonó el regio camará, seguida de sus doncellas que enjugaban el rocío de sus lágrimas.

* * *

—¿Qué astro es el que brilla en esta mañana?

—El Sol... —repuso, impaciente, una de las doncellas.

—¿Y por qué me habéis privado de su luz?

—El Monarca es quien os oculta... Teme que vuestras mejillas blancas como el lino y sedosas como el lirio se marchiten con su fuego; teme que el Sol dañe vuestra augusta y sin igual belleza; teme...

—Entrad al palacio... Yo sola recorreré los huertos floridos de mi padre egoísta.

—Os perderéis, Princesa y...

—Iré regando pétalos de flores por donde vaya.

—¡Pero el Monarca...!

—No temáis. Mío será el castigo.

La Princesa se alejó lentamente por un sendero florido. Las doncellas se pusieron inquietas y temblorosas. Una de ellas rompió a llorar como una niña.

Había caminado ya un gran trecho; devorando con sus ojos sombríos y bellos la esplendorosa magnífica del huerto señorial. Fatigada y sin alientos, abrumada por el calor del Sol, llegó cerca de un rosal que gallardo ostentaba sus mil corazones de nieve y perfume.—Las rosas de esta planta estaban destinadas a adornar su frente purísima la víspera de sus esponsales. Su padre la había plantado cuando ella apenas balbucea uno que otro monosílabo.

Al acercarse al rosal observó, entre sus ramitas, un nido de gorriones. ¡Qué bellos estaban los polluelos! Sus padres, que desesperados volaban cerca, la entristeció profundamente, y pensó en el amor, en el amor que jamás puso en su interior sus llamas abrasadoras e inefables.

El terrible aguijón de su enfermedad extraña comenzó, como una daga felina, a herir la sensibilidad de su alma que, como una fontana de linfas entumecidas en el fondo de árboles corpulentos, vivía triste e implorando el beso de un rayito del Sol.

Nubláronse sus ojos y murmuró, al tiempo que despetalaba una rosa separada de su tallo con la delicadeza de unos dedos que se dirían hechos sólo para empaparse en la luz de las estrellas:

—¡Ah!... ¡Qué hado fatal me ha quitado el sentimiento del amor!... ¡Sí, sí!... soy un cadáver viviente!... ¡Ah, la vida sin amor! Necesito un corazón para amar y ser amada...

Y en los cielos melancólicos de sus ojos asomaron, por vez primera, un hilo de lágrimas que, temblorosas, humedecían la nivea seda de sus mejillas impregnadas de dolor y misterio.

La mordedura del dolor era tan cruel que no sentía el martirio de las espigas del rosal. ¡Cómo desgarraban la epidermis de su pecho virginal! Tiñóse de púrpura su regia veste y algunas gotas de su sangre cayeron en el suelo como rubes diluidos.

Cuando calmó la tempestad de su espíritu, miró con asombro que del seno de una de las rosas enrojecidas se desprendía una tenue y blanquecina nube e iba creciendo y tomando formas humanas. De repente, ¡qué vieron sus ojos humedecidos! Extática contemplaba una mujer de peregrina belleza.

—Yo soy el Hada de las niñas tristes—confesó la misteriosa mujer.—No os asustéis... Vuestro dolor me desconsueta... De la sangre que habéis derramado en el suelo nacerá la flor de la alegría y felicidad.

Con las manos juntas y las pupilas dilatadas por el asombro, miraba la Princesa brotar de su sangre una planta extraordinaria. En la rama más saliente asomó, como una esmeralda, un capullo que se inclinaba hacia a ella.

—Ahora, llevad los labios al capullo.

La Princesa obedeció. Y al momento tornóse el capullo en una flor de luz cuyos pétalos prodigiosos ardían como lenguas de fuego.

—Esta rosa de luz—dijo la aparecida al momento que ofrecía la flor—ha crecido por la mirada portentosa de un ente que pone carnisu en las mejillas; dulzura en el semblante, miel en los labios, música en la garganta, fulgor en las pupilas, alegría en el alma, y el mejor de los tesoros: un corazón en el pecho.

La pálida Princesa llevó a sus labios descoloridos la rosa de luz, y al aspirar su per-

fume, cayó desmayada en brazos de la buena Hada de las niñas tristes.

Al volver del desmayo su asombro fue grande: encontrábase en un carruaje adornado de topacios y amatistas y tirado por dos corceles alados que escababan las luminosas regiones etéreas cubiertas de nubes de oro y rosa.

—No os asustéis, Princesa. Vamos al santuario del Sol.

No tardaron en llegar a un lugar indescripible por su belleza extraterrestre. Juntas atravesaron un pórtico hecho de rubíes fulgurantes.

¡Oh belleza paradisíaca! El palacio del Sol quedaba en la eternidad de los espacios. En su cielo llameaban estrellas y astros que con la luz irisada de sus pupilas amorosas oscilaban al Rey de los Espacios.

—Vos que sois tan bondadoso me otorgaréis un favor para esta pobre niña... — imploró la Hada cuando estaban cerca del Sol, que era un mancebo de rara belleza y majestuoso porte y que apenas se le podía mirar por la claridad que despedía su cuerpo.

—Sea...

Y tomando la rosa que tenía sobre el pecho la Princesa:

—Esta rosa que es mi espíritu será vuestro corazón. Tu bondad y mansedumbre os ha salvado de la ignorancia de vuestro padre.

La flor en la mano del Sol, se hizo más clara, y al aplicarla al pecho de la extática niña, desapareció. Y la Princesa pálida como un lirio enfermo y bella como una divinidad infantil que se agosta en Primavera, sintió correr por sus venas un hábito de fuego.

Oh prodigio del Sol y bondad de la buena Hada de las niñas tristes: La Princesa estaba transformada. Sus mejillas antes pálidas, ahora tenían el carmín seductor; sus ojos antes sombríos, ahora resplandecían como dos luceros matutinos; su rostro antes melancólico, ahora estaba impregnado de una dulzura infinita; sus labios antes descoloridos, ahora imitaban como dos llamas seráficas; su voz antes suave y apagada, ahora era una cascada de notas vibrantes y armoniosas. ¡Oh milagro del Sol!

—Regresad a la Tierra, hermosa Princesita—murmuró el Señor de los Espacios, complacido de su obra.

Apenas había oído la dichosa niña estas palabras, que repercutieron en los espacios como un desbordamiento de armonías milagrosas, se vió junto al rosal del huerto exuberante de su padre.

¡Qué felicidad embargaba a la Princesita! Sonreía como un ángel y su sonrisa era un milagro en la clara y olorosa mañana de primavera.

Vinieron el Monarca y la Reina. La metamorfosis de su hija les inmutó. En sus labios temblorosos y entreabiertos morían mil exclamaciones de asombro.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué mano paternal derramaba en el imperio del gran Monarca el sagrado tesoro de la felicidad? Cuando la Princesa fue interrogada, contestó con voz meliflua que hasta las flores parecían estremecerse en sus tallos:

—Verdad que mi remedio estaba en las cumbres. Allí estaba la ventura que hoy celebra mi espíritu; allí estaba mi corazón que hoy arde en mi pecho como una flor de luz... El anciano de barba rubia como el oro y de cabellera blanca como la nieve era un morador del gran imperio del Sol...

* * *

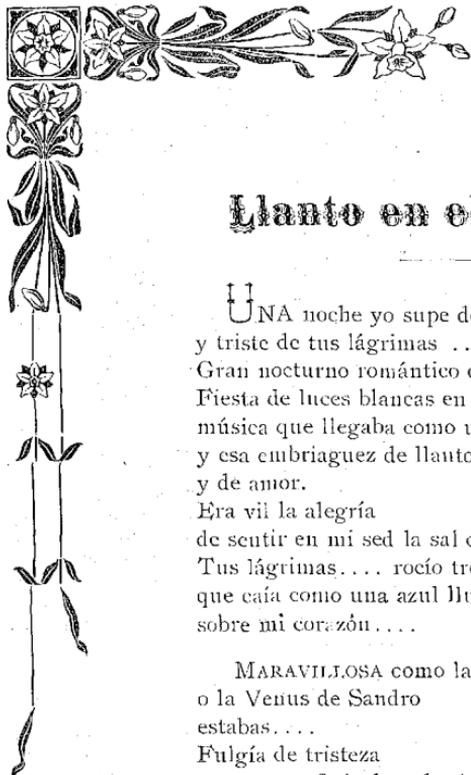
La nueva había corrido por el vasto imperio como por encanto y sus moradores acudían alegres a conocer a la dulce Princesa que llevaba en sus entrañas una flor encendida.

Vino el Príncipe enamorado, y al contemplar la extraña hermosura de la «Divina Princesa del Sol», como la llamaban ya, cayó a sus plantas y ofreció, como el mejor de sus tesoros, su corazón eternamente enamorado...

El sol entonaba en sus trompetas de oro su canción de lumbre y la Princesa, mirando los espacios iluminados, reía de felicidad, y la música de sus labios era un eco de las eternas melodías sidéreas.

Quito — MCMXXV





ANTONIO MONTALVO

Llanto en el Boudoir

UNA noche yo supe del agua emocionada
y triste de tus lágrimas . . .
Gran nocturno romántico de la melancolía!
Fiesta de luces blancas en el boudoir galante . . .
música que llegaba como un canto de virgen . . .
y esa embriaguez de llanto
y de amor.
Era vil la alegría
de sentir en mi sed la sal de tus lágrimas.
Tus lágrimas . . . rocío trémulo y rutilante
que caía como una azul lluvia de estrellas
sobre mi corazón . . .

MARAVILLOSA como la Mona de Leonardo
o la Venus de Sandro
estabas . . .
Fulgía de tristeza
tu rostro y fluía de toda ti un aroma
de lirios y de nardo.

¡GRACIA dolida y santa! Te contemplara así
Puvis de Chavannes,
te concibiera el genio lírico de Alligheri,
o te cantara el místico de Fray Luis de León,
y ya tuviera el mundo el milagro inaudito
de saberte divina!
Y ya tuviera el mundo el humano consuelo
de adorarte por siempre y por todos los siglos! . . .

¡OH, Magnífica Reina de la Bella Tristeza!
Esa noche tu llanto cayó como un rocío
de estrellas amorosas sobre mi corazón . . .

QUITO - MCMXXVI



De "Los Tirso de Cristal"

LA VOZ

UN lejano murmullo de gaviotas
en el azul profundo se iniciaba,
y el corazón, ingenuamente, oteaba
nuevas riveras cándidas e ignotas.

Síntesis admirable fue el oclaje
fundido en transparencia y lejanía,
la fuerza irreflexiva de ese viaje
en que el poeta halló melancolía.

Y como en ese ocaso de turquesas,
tu mano enriquecida de promesas,
fue caricia y perfume y suavidad;

en la mañana rica en claridades,
tu palabra ungidora de saudades,
tuvo un florecimiento de crueldad.

LA FLOR VIVA

LOS ópalos del véspero encendieron
sus aéreas pupilas inconstantes
y en mi espíritu muerto se perdieron
tus ojos y los ópalos distantes.

Hiperestesia de placer había
en la tarde evocada. Tu inquietud
era un áspid nervioso, que mordía
mi tristeza con sorda lentitud.

Tu mano se tendió. Tus ojos puros
tenazmente alumbraron los oscuros
laberintos sombríos de mi vida.

Y fue una flor la que golpeó los muros
que guardaban la calma presentida,
por esta juventud tan perseguida

LA MAÑANA

LA ventana está cerca. La abro y miro lejos:
Un fondo de cobalto, una tenue neblina.
Las golondrinas cantan desde los troncos viejos
y una ronda de indios por el frente camina.

Azul . . . verde . . . rojo. La veste campesina,
el triunfo de la huerta, la pupila del cielo.
Me grita la campiña y su grito germina
y es en una mirada como triunfa mi anhelo.

Hay un temblor extraño en la quieta mañana.
Al valle, tras el agua, avanzan los rebaños.
Irrumpe, temblorosa, la pastoral campana.

Bebo un vaso de leche. ¡Cómo vivir mis años
hundiendo mis torturas en leche rusticana
y arrancando esperanzas de tantos desengaños!

QUITO

HUGO MONCAYO

Pablo Palacio

GENTE DE PROVINCIAS

Santiago Maya



QUEL pobre señor de provincia, Santiago Maya, andaba siempre en chancleta y fumaba largos y renegridos puros. Pobre de dinero, no: cinco mil *barras*, como dicen, hacen en los pueblos una fortuna bastante respetable. Da para echar vientre; ponerse la gorra o el sombrero de paja a media testa; hundir las manos en los bolsillos, sonando las llaves y alguna que otra moneda, arrastrar grave y concienzudamente las zapatillas; y hablar de política y de mujeres.

Santiago Maya tuviera más, mucho más, si no habría sido por la maldita hernia, que le obligaba a tener prendido a la carne, como un apéndice, el insoportable braguero.

Cuando mozo fuera ayudante de su padre en un molino, que a la cabecera del pueblo metía la huja del siglo: las grandes piedras remordiéndose ruidosamente para triturar el grano; los remiendos de las bandas azotando como foetes los volantes durante las vueltas interminables. Santiago llevaba de uno a otro lado los ventrudos costales de trigo y los hondos cajones de harina. Se hizo fuerte como un toro.

Una mañana, en unión de algunos jornaleros, vacilaba ante una pesada carga:

— A que no alcan ustedes este saco.

— Ni usted lo alza, patrón.

Lo que menos le gustaba era las *charlas*. Al grano, al grano, y en verdad que al grano había que ir. Y que "lo alzo" que "no lo alza"... Santiago levantó el saco poniéndose muy rojo; luego empalideció un poquillo, y no hubo más.

A los pocos días, durante el baño, reparó en una pequeña bolita, junto al bajo vientre, que después fue hinchándose poco a poco. Los amigos le dieron bromas, pero él se puso serio y un si es no es asustado. Decaían sus fuerzas, y en esa ocasión, lleno de vergüenza, casi no pudo atravesar el río a nado.

Avisó al padre; se alborotó la casa; vino una vieja encofradita y arrugada, la célebre "mano de Dios", ante quien tuvo que descubrir, todo ruburoso, algunos espantables secretos... Y ella, después de examinar largo,

poniendo cara de cuarama, exclamó, con los ojos en blanco:

— La reventazón, Dios mío, la reventazón; se la quebrao el chico. ¡Cuánta fuerza habría el angelito!

Era entonces un angelito de treinta años.

La vieja recetó emplastos de cerdas y se fué para regresar porque la enfermedad era de cuidado.

Por este tiempo murió el padre, y cuando muere un padre de familia, una reventazón es para decidir de la vida de un hombre, como la de Santiago decidió de la suya.

Un amigo ilustrado le recomendó el braguero; usó braguero. ¡Pero era tan incómodo! ¡Había que ver la cara que tenía el reventao! No parecía sino que estaba con *tiricia* o algo peor, y que Dios me perdone.

... Vino por el pueblo un *dolor* en gira profesional, examinó a Santiago, puso cara muy seria y pronosticó:

— Usted se va, señor mío; se va si no hace un viajecito por la capital. Hay que operarlo enseguida.

— No, no tenga miedo— añadió al ver que aquél se ponía pálido—; es cosa muy sencilla. Ni ha de sentirlo siquiera.... ¡Ah... los últimos adelantos de la ciencia... Usted queda bueno, perfectamente bueno, como si usted no hubiera tenido nunca nada... Usted....

Santiago quedó como embobado. Eso de quedar bueno, perfectamente bueno....

Fue cosa resuelta: Santiago se iba.... y se fué, a pesar de la barafunda que se armó en el pueblo. Eso de ir a la capital nada de bueno tenía. Los gastos que había que hacer, los peligros... como si fuera nada aventurarse cinco días a lomo de mula por esos caminos desamparados; navegar un día entero entre cielo y agua, ¡el mar!, y meter se en un monstruo enorme e incomprensible que se tragaba los espacios, ¡el tren!... Pero no hubo qué hacer. Lo que se le metía a ese Santiago entre ceja y ceja, fueran ustedes a sacárselo que iba para largo. ¡Hombre testarudo! No lo consiguieron ni el Teniente Político, ni el Juez, ni el Curra, ni dona "mano de Dios" que ponía el grito en el cielo y quedó exclamando a la orilla del camino, toda pesarosa y despechada:

—Pero, si los emplastos de cerda... Ven don Santiago, acordarase de mí: los emplastos de cerda y nada más.

Y el señor Maya estuvo para quedarse; vacilaba al pensar en que el resultado podía ser nulo. Pero se hizo de tripas corazón e hincó las espuelas en los hijares de la mula. ¡El maldito braguero! ¿Quién iba a aguantarse con ese cinturón enojoso que le oprimía la carne y aquellos dolores agudos que le hacían retorcer el cuerpo y le obligaban a comprimirse largamente el vientre con las manos, por cinco, diez minutos...?

—¡Eh! ¡Quién dijo miedos!

Desapareció, al trote largo de la mula. Sobre las ancas de la bestia repicaron los botes de hojalata; la jaula de canarios para el médico; la damajuana de aguardiente para alentarse en los fríos de la cordillera. Entre las grandes alforjas temblaron los paquetes de cartas: las había para todo el mundo.

El Cura, el Político, el Juez, los jornaleros y sus perros quedaron consternados...

Santiago de Maya

¿No lo dijeron en el pueblo? Algo grave debía suceder.

Cuentan que "el perro de Feija" se sacó mirando la luna, creyéndola manteca. ¡Qué gratos y lánguidos paladeos serían los del animalito!

El hijo del molinero se habría secado también contemplando a Adriana, rubia mocetona de la Capital, de no haberla alcanzado, Santiago, después de la operación, que como salir salió buena, hizo amistades; descubrió parientes ilustres que le añadieron al nombre la partícula «de»—así: Santiago de Maya—; se enamoró como un burro de una muchacha de precedentes dudosos; se casó; regresó al pueblo; vendió el molino y las tierras de labor; instaló una lencería; vistió americana y echó vientre: Santiago Maya fue Santiago de Maya.

El cabello tupido y negro; la frente pequeña; los ojos pardos; la nariz algo acaballada; la boca sumida, casi sin labios, como una línea recta; la papada colgante y fofa; las espaldas anchas; obeso y de piernas cortas, era persona mercedidamente respetable.

La lencería del señor de Maya daba a la plaza, frente a la Iglesia. Las casas no tenían portales; pero, en cambio, la plaza tenía una cruz, lo que es mejor, mucho mejor, a menos que dispongan otra cosa los impíos.

Lencería era por haberle dado ese nombre su dueño, mas, en honor del señor de Maya, hombre acaudalado—ya dije que tenía cinco mil *barros*—, le de declarar que no faltaban los cazos, las cribas, algo de fierros, especias, azúcar de primera calidad; cajones vacíos, por mayor y menor; unas onzas de quinina, bicarbonato; lápices; papel; medallas y estampas de santos y otros chismes.

A la entrada, en el dintel de la puerta, un letrero decía:

LENCERIA
de
don Santiago de Maya

Dentro había otro:

HOY NO FIO, MAÑANA SI

En medio de la tienda: un mostrador. Sobre el mostrador: una balanza, una vara de medir, una pieza de tela. Tras el mostrador: don Santiago de Maya. Delante del mostrador: los amigos de don Santiago de Maya.

—Y qué le parece, don Santiago, lo de las nuevas? *Usted que conoce lo de allá... dicen que tenemos revolución...*

El antiguo «hijo del molinero» se ponía las manos en el pecho, hundiendo los dedos pulgares en los sobacos; balanceaba el cuerpo adelante y atrás... Y al cabo de meditarlo bien, exclamaba lentamente:

—*Depende, depende, mi querido; yo no sé lo que pasa... En fin de fines...*

Los amigos abrían la boca. ¡Qué cordura la de don Santiago! ¡Y cómo juzgaba de los hombres y de las cosas!

En el umbral aparecía un moebso:

—Manda a decir mamita que... que si tiene... que si tiene... hilo marca cadena.

El tendero lo meditaba bien:

—Sí, sí hay; anda dile, hijito, que sí hay.

El muchacho desaparecía y después de un momento tornaba asesando:

—Y dice que... cuánto vale.

Don Santiago contestaba al punto:

—*Por ahora, cuatro reales.*

Volvía a desaparecer el muchacho.

Al caer la tarde el señor de Maya cerraba la puerta de su tienda con doble cerrojo y salía a dar una vuelta por la plaza, chancleteando, con la gorra echada hacia atrás, y las manos en los bolsillos. Después de un momento se entraba en su casa silbando.

—Adriana... Adriana...!

Una mujer sonrosada, de carnes purísimas y abundantes; una madama Quenu que engordara plácidamente en uno de nuestros pueblos silenciosos, sacaba la cabeza rubia por una ventanuca:

—¿Qué quieres, hombre?

El entraba sonriente; la palmeaba en las carnudas espaldas, riendo como un bendito:

—¡Ah! Mi mujercita... mi mujercita...

Luego se sentaba a su lado y callaba enterrecido, mirándola de piés a cabeza, suspirando cuando ella suspiraba, sonriendo a los

gratos recuerdos de ella, ruborizándose al acariciar sus manos llenas de hoyuelos, como un buen esposo, de esos que sólo se encuentran en algún callado rincón de nuestros pueblos.

Los Gagones

Conoce usted a los *gagones*? No, seguramente que no.—Me refiero a los hombres a *la dernière*.—Pero, acaso oyó alguna vez hablar de ellos. Pertenecen a la familia perruna; son pequeñitos y graciosos; representan a los que viven mal (usted ya lo comprende); vagan durante las noches, sólo durante las noches, por las plazuelas calladas, por las calles dormidas.

Y cuidado que son peligrosos: si a usted le vieron y le tienen mala voluntad, le hincan los dientes en la rodilla y no le sueltan hasta que raye el día.

Algunas señoras dan cabal razón de los *gagones*.

No le ha pasado a usted encontrarse con una de esas señoras encorvaditas y recelosas que hablan aún como si todavía existiera, de la diligencia?

Quizá preguntó a una, por tener de qué hablar:

—¿Y qué ha sido, señora, de fulanito?

Y ésta suspiró.

—¡Ay, señor! No sé qué habrá sido del pobre... Estaba tan enfermo que no debía de irse... Yo sí se lo dije... Y él, nada... De la cama a la diligencia...

Si se lo dijo así o en otra forma, no importa: esa señora conoció a los *gagones*, seguramente. Yo no sé por qué; pero para mí, la diligencia y los *gagones* tienen una misteriosa relación.

En las ciudades los conocen sólo esas señoras, porque los vieron cuando niñas. Actualmente, el bullicio que existe en aquellas, a todas horas, ha asustado a los pobres animalitos que han tenido que refundirse en los más apartados lugares, o talvez, inteligentes como son, en los rincones de las mismas casas.

Lo que es en los pueblos casi todos hablan de los *gagones*, y de seguro los vieron porque allí no tienen recelo de retozar en las plazas.

Don Santiago mismo los conocía, en público: los había encontrado varias veces; pero en privado, honradamente, sólo tuvo noticia de ellos. Mas, allá va a dar, pues se sabía de memoria sus costumbres y sus hechos célebres.

Si usted se encuentra alguna vez con dos *gagoncitos* y quiere saber quiénes son el señor y la señora que están cometiendo un desliz, lo más sencillo. Se provee de un instrumento cortante y con un pequeño rasguño que les haga, en las manos o la

cara se entiende, al otro día tiene usted a las víctimas con la misma señal, inevitablemente.

Esta es la razón por la que, en los pueblos, es imposible acometer una empresa de la laya; enseguida dicen: ése con aquélla.... Y es que hay gente que se ocupa en exclusivo de esto.

Naturalmente, los casados no tienen representación *gagónica* porque..... ¡vamos! porque entre ellos no pecan, y tampoco peo yo diciendo esto!

El Caballero de Maya

—¡Caballero!.....

Al señor de Maya el corazón le dió un vuelco. Dió dos pasos adelante; se inclinó ceremoniosamente:

—Don Manuel.... ¿En qué puedo servirlo?

Este vaciló: dudaba del buen éxito de su proposición. Al fin, aventurándose, dijo:

—Es que... quisiera que nos haga el favor de honrarnos con su presencia esta noche. Se trata del bautizo de mi hijo.

Y no hubo más que decir. ¡Caballero! ¡Iba don Santiago a negarse? Nada, que se fué. Hubiera querido, eso sí, llevar a Adrianita; pero se encontraba indispuesta, según dijo.

Hubo juerga y el caballero la empujó su poquillo; un poquillo nada más: lo suficiente para poner a un hombre alegre y decidido. Y claro que llovieron las atenciones; el caballero fue el héroe de la fiesta, y cómo estaban de alegres los «honrados»!

A la salida todos quisieron ir a dejarlo hasta la casa: pero él se opuso enanto pudo. No faltaba otra cosa. Tal sí fuera él una señorita o un chiquillo miedolento. Que se iba solo o si no, se resentía.

Le dejaron ir: don Santiago salió trastabando un poco y muy alegre.....

La plaza estaba oscura y silenciosa; la atravesó sonriendo y precipitado: iba pensando en su mujercita, en sus carnes suaves, en sus brazos redondos, en sus amorosas caricias, ¡en qué cosas iba pensando don Santiago!

Pero al llegar a la puerta de su casa se detuvo admirado: dos animalitos pequeños y graciosos jugueteaban no lejos de él....

Se llenó de alegría: por fin estaban en sus manos. Baseó presurosamente en sus bolsillos: ¡nada! ¡qué desilusión!.....

Tanteóse la solapa de la americana: sí, allí estaba, aunque sea con eso; era un alfiler menudito.

Acercóse de puntillas; se inclinó tan callado como pudo y.... ¡sí! ¡sí!

.... Sólo en la alceba se detuvo, anhelante: respiró grueso, a plenos pulmones.

Adriana, Adrianita
Ella bostezó, desmereciéndose.
El se acercó algo tembloroso; levantó los
cobertores; la aprisionó los brazos muelles
con sus manos largas y velludas.
A la mañana siguiente, ella le hacía cos-
quillas, riendo con languidez.

—Ocioso, que ya es tarde.
El se sentó en el lecho, restregóse los ojos
para poder ver claro. Estiró los brazos,
haciendo sonar los huesos encogidos. Lue-
go se volvió a ella y la abrazó satisfecho.
E iba a besar su boca apetitosa cuando
una gotita de sangre, al final de un largo
rasguño que tenía en la mejilla, paralizó
sus movimientos, dejándolo mudo de sorpresa.

Tras largo rato pudo hablar:
—¿Qué es eso, Adriana; díme, qué es eso?
Ella, sorprendida también, se llevó la ma-
no al rostro.
—¿Esto? nada yo no sé. . . .
A don Santiago le pareció que el mundo
se le venía encima. ¡Ella, ella, su mujer,
su mujercita!

Sin poder expresar todo el dolor que le
torturaba, viendo ante él un caos inmenso

de sentimientos, confusos para su cerebro
sencillo de hombre de pueblo hecho cáblore,
exclamó, reprochándola:

—Adriana Adriana
Y rompió a llorar como un niño.

* * *

Apenas abrió la lencería, don Manuel lle-
gó. Quería preguntarle cómo había ama-
necido.

—¡Caballero!

Pero el caballero no le dejó continuar: te-
nía que deshacerse de alguna manera del
gran peso que llevaba encima y le espató
como una tromba estas frases amargas:

—Oiga, don Manuel; si usted encuentra
alguna vez a los gacanes no los señale nun-
ca! Puede encontrarse con que su mujer,
su hija, su ¡o cualquier demonio de
esos!

Aquí se detuvo, recapacitando.

Y el interpelado abrió la boca, lleno de
admiración: ¡qué cerebro el de don Santiago!

QUITO - MCMXXVI



Alrededores de Ambato, Puente «El Socavón»



Miguel Angel Alborno

LOS VENCIDOS

Para Gonzalo Zúñiga



El Sol reverberante del Verano
ilumina el paisaje
del dilatado llano;
y la sierra y el bosque y el celaje
claro, sereno, azul, resplandeciente,
son un himno de vívidos colores
y de sentidas notas,
que nos habla de céclicos amores
y de épocas risueñas y remotas.

La zagala, feliz junto al amado,
corta la mies y canta,
como arrullando la ilusión primera
que en su alma se levanta
y se remonta por dorada esfera,
cual avecilla que, con raudó vuelo,
sin rumbo y soñadora,
se pierde en el confin puro del cielo
a la primer sonrisa de la aurora.

¡Todo tranquilo en la pajiza granja!
La tarda yunta va con lento paso
abriendo el surco en el feraz terreno;
y en azogada franja,
se desliza el arroyo en la floresta,
fecundizando de la tierra el seno,
de claveles cubriéndola y de lirios,
cual en pomposa fiesta,
en las pobres iglesias aldeanas,
se reviste el altar de blancos cirios
y de rosas tempranas.

El viejo campesino, sonriente
a la vista del hato que sesteá
sobre el aljófár de la grama, siente
que en su cerebro rústico se agita

de amor y bendición la vaga idea,
y envía a Dios, que tanta dicha labra,
una oración bendita,
sin traducción, sin voz y sin palabra.

Y la mujer, la buena y hacendosa,
que así tiende el mantel para el marido,
como cuida del heno y del establo
y guarda los polluelos en el nido;
la que paciente y con ternura enseña,
vocablo por vocablo,
rezos al nieto que su pecho adora
y que en mirarlo afortunado sueña,
desde la puerta grita:

—Mira que falta leña
y el hogar está frío;
que no te tardes, Juan; corre, hijo mío,
corre al monte cercano!
Y mientras así exclama, le sonrío
y le bendice con temblorosa mano.

El bravo leñador toma el sendero
que conduce del monte a la ospeura,
al hombro el hacha de bruñido acero,
que brilla como un astro diamantino,
como brilla la luna, blanca y pura,
en el zafir de cielo peregrino.
Desnudo el brazo, palpitante y duro,
parece, por lo altivo y por lo fuerte,
que desafia y vence y desbarata
los golpes invencibles de la muerte;
y en armoniosa y recia catarata,
con labio enamorado lanza al viento,
el animoso Juan, mientras camina,
cantos de amor, de paz y sentimiento,
que repiten el valle y la colina.

Ya llega al pie del roble centenario;
ya blande el hacha con vigor de atleta,
y en el monte tranquilo y solitario,
resuena el golpe que, pausado y fiero,
es como el golpe seco de piqueta
que da en la roca pedregosa y dura,
el indolente y cruel sepulturero
para abrir una nueva sepultura.

El árbol monstruo, rey de aquel bosque,
que altivo con sus ramas tocó al cielo,
sacude la melena de follaje,
rugiendo de dolor y desconsuelo
al sentirse acosado por la muerte,
no obstante su vigor y su grandeza.
En vano implora la clemencia humana
y murmura, abatido de tristeza,
con un acento vengador y ronco
que se pierde en la cárcava lejana:
— ¡Por qué me hieres, leñador ingrato?
¿Por qué rompes mi tronco?
Cuatro generaciones de los tuyos
tuvieron de mi sombra la frescura
en las cálidas horas del Estío,
y en lo alto de mi copa, los ocuyos
alumbraban tu senda en noche oscura.
El fuego de tu hogar ha sido mío:
yo te guardaba mi ramaje seco
y la miel que dejaban las abejas
de mi corteza en olvidado hueco....
¿No te duelen mis quejas?
¿No te mueve mi pena? ¿No te apiadas
del dolor de mis fibras desgarradas?
La tormenta y el rayo han respetado
por más de una centuria mi existencia,
y tú la cortas, leñador menguado,
con sobra de maldad y de inelencencia....
¡Oh leñador! ¡Oh cruel arboricida!
¿Por qué quieres que el bosque se destruya?
¿Pues, bien! vida por vida:
¡yo cortaré tu tuya!....

El roble se desploma crepitante.
Sus brazos de gigante
se sacuden furiosos y destruyen
las ramas de los árboles vecinos;
las águilas que anidan en la roca
tienden las alas y huyen
en desbandada murmurona y loca,
mientras yace en pedazos
la fiel y cariñosa enredadera,
que en larga vida, con estrechos lazos,
del roble fue la dulce compañera.

Pero una rama por demás artera
detúvose al mancebo cuando huía,
y el pobre Juan, cayendo bajo el peso
de inelenciente ramaje que le oprime,
ya con el pecho desgarrado envía
un pensamiento a Dios, otro a la amada
y un besito a la madre idolatrada!....
Abre los ojos y contempla el cielo,
y al verlo hermoso, de pesar suspira:
la lágrima postrera cae al suelo
y el mancebo gentil, calla y espira....

En la granja pajiza ya no hay canto
ni silbo ni compases de guitarra;
ya no atisban los ojos de la novia,
furtivamente, con pueril encanto,
junto a la tapia, tras añosa parra:
sólo hay acentos de dolor y llanto;
el eco de un gemido;
una madre que llora su miseria
y un viejo que se arrastra desvalido....
Sin embargo, al nacer de cada día,
se agrupan, amparados por el sance,
dos sombras, dos ancianos,
dos espectros vivientes
que levantan las manos
y bendicen a Dios que así recoje
las lágrimas ardientes,
para formar la celestial corona
que ofrece a los creyentes....

* *

Felices los que llevan en el alma
la antorcha de la fe nunca extinguida,
dichoso engaño que hace menos triste
el inmenso desierto de la vida!
Felices los que viven resignados
y esperan encontrar en ultratumba
a los seres amados
que se handieron en brazos de la muerte!
Pero cuán desgraciados,
cuán tristes los que venos
descomponerse la materia inerte;
los que sabemos que perece todo,
y los seres que han sido,
sólo encuentran al fondo de la tumba,
la nada y el olvido....

Al contemplar con ojos enturbiados
aquel cuadro doliente
de los humildes, de los desgraciados
que apenas pueden inclinar la frente
en vez de protestar contra el destino
y alzar al cielo la oración blasfema,
ya que del cielo vino
el duro golpe que robó la calma;
al ver que sin aliento el anatama
muere cobarde en el cansado labio,
con angustia en el alma
piensa, tal vez, a su despecho, el sabio,
en la inmensa miseria de los hombres,
que fingen bendeir cuando maldicen
o no protestan cuando llega la hora
de arrancarse la lengua en mil pedazos
y como flor de sangre vengadora
al espacio arrojarla, donde dicen
que habita el Dios cuyos eternos brazos
oprimen y quebrantan al que llora
y hacen de nuestro amor y nuestra suerte
juguetes de la vida y de la muerte....

La pléyade de Adán, ella que aguarda
un cielo de venturas que no existe,
y cree que hay un Dios que acaso guarda
venganza eterna con que abate al friste
y goza en el dolor de los que lloran,
y en matar la esperanza del que sueña,
qué cobarde se siente y qué pequeña!

Y los pobres de espíritu, los que imploran al invisible Déspota, de hinojos, la frente contra el polvo sumergida y bañados en lágrimas los ojos, tras de cada sacotazo de la suerte, tras de cada dolencia de la vida, los que ruedan vencidos, llorosos y abatidos, alzan las manos trémulas al cielo y bendicen al Dios de las venganzas, que a trueque de tormentos les ofrece eternas bienandanzas. . . .

Esclavo de su loco desvarío, el hombre va por la dantesca senda, y temeroso de sentirse impío, esconde la razón en ancha venda. . . .

¡Señor, Señor, si mi dolor te place, si con maldad sonrías de mi pena;

si mi guirnalda de martirio se hace con eslabones de fatal cadena, déjame, ¡yo te pido!, libremente vagando en el espacio luminoso, entre la luz del sol que abrasa el alma y ráfagas de brisa perfumada.

Deja que piense que yo soy dichoso; que tengo bienestar, ventura y calma; déjame ver la frente de mi amada y recibir sus besos quemadores; dame la juventud, y como a Fausto, renuévame al calor de los amores; y entonces, ¡oh Señor!, cuando yo muera, complácteme en mi eterna desventura: si te gusta ser cruel como una fiera, cóbate en mí, que soy tu criatura! . . .

Quito—MCMXXV

Ricardo Alvarez

BAJO EL AZUL

ME encontré frente al mar, divino mar vetado de ocre y verde. . .

A lo lejos, las rocas aparecían en fantástica visión, como un místico cortejo; y era un ensalmo perfecto el gesto grandioso de la piedra indiferente. . . . Bancos de arena fina derrumbábanse, cargados de pereza, sobre la líquida esmeralda móvil que besaba sus débiles bases. La brisa perfumada distendía panoramas sonoros que habrían las puertas del corazón para las fiestas taciturnas del espíritu. . . .

Procuraba olvidar, frente a ese mar, en el momento difuso, el frágil dolor que colmaron las tristes llanuras áridas, los monótonos trigales de oro de las serranías y el amor inasequible, pirneta dislocada que quiere cubrir soledades. . . . Allí no palpaba el pequeño, el ridículo espíritu de la ciudad indócil y orgullosa, y no pesaba el aire ni se amortiguaba el trino como en los poblachos y en las ferias. Un lucero de bienaventuranza y de fe se prendía en la suave penumbra del fervor.

Pero ¿olvidaba mi mal de enternecido, mi locura ilimitada, el velo de mi melancolía? No. Era imposible.

Y ante el mar nacía riquísima la sonrisa caída con el mismo escepticismo antiguo. Alejado del amor, sin la llama fortalecedora de la esperanza, pensaba en él con fe. . . . Apartaba al dolor, al frágil dolor que envenena, y él florecía magnífico, nuevamente, hiucando sus raíces profundas y absorbentes.

¡Oh!, la tristeza infinita, el dolor del incurable que mira en son de muerte los huertos florecidos, las blancas margaritas, las triunfales auroras sin tener a flor de labios la propicia canción.

Me pregunté: esperaré que el ruiseñor despierte lleno de luz y haga sonar su música maravillosa en el valle? ¿Iré en busca dulcísimo y suave, del hada fortuna, veleidosa como las novias, para coronarla de rosas y cantar la loanza de su belleza inmutable? ¿Y qué diré al amor ante los cadáveres de las flores marchitadas? . . . ¿Esperaré diez, veinte, cien años a que el demonio elegante de la noche cave un abismo para cortar los extravíos del ayer aturdimiento, las lágrimas miserables del fracaso de sonoro nombre? ¿Qué hacer, qué pensar?

La soledosa interrogación rompió la ca-

dena que ahorraba la lucidez exaltada de la sabiduría. El espíritu abrió su tesoro de principios:

—Cubrir la soledad con telas de color y flores desvaídas es matar la belleza. Las vírgenes son más hermosas, y por hermosas más apetecibles mientras más desnudas se encuentran, pues canta la naturaleza en el divino ritmo pródigo de la línea, en la rosada suavidad de la carne. La violácea palidez del deseo, cuando se descubre en su ritmo perfecto, en su plenitud, satisface y agrada, como el titilar de las estrellas temblonas, sobre los jardines recogidos. La soledad no debe cubrirse de romanticismos pasados; la soledad es hermosa cuando es absoluta. Y allí aprende el alma a conocer lo inmenso, lo grande, y a conocerse, a través de la música extenuada de las palabras diarias; aprende a no esquivar la vida, a buscar la morada luminosa y el ensueño nuevo. La canción fluye, entonces, espontánea y armoniosa.

El fugitivo fenómeno del canto registra mejor una «tonalidad» cuando reconoce, frente a la esfinge solitaria, su «pequeñez superior». El mismo ruiseñor, adocenado, en rebaño, pierde su gracia; el magnífico colorismo de su plumaje se confunde y obra el mimetismo como señor poderoso. ¡Y qué otro es, en cambio, en la fantástica jaula, entre los pintados alambres que sacrifican la gloria del plumaje y el amor de la esperanza, cuando la rebeldía exita al cantor enseñándole un azul límpido y enorme! El espíritu se anima, brilla, dora la cárcel y

trina maravilloso en la soledad innumerable...

La plática continuaba sutil, engarzando en oro rayos de luz.

—La fortuna viene cuando no la buscamos, cuando displicentes, pensamos entrar en el arcano de la muerte. Viene cual un romántico navío despegando a los cuatro vientos las velas blancas. En alta mar dicen los viajeros—, parece un enorme corazón beodo... La fortuna! Es pálida, es loca, es divina. En el silencio mortal de la espectación, su voz es una clarinada que estremece y que hace parpadear, deslumbradas, a las lejanas estrellas.

—¿Flores marchitadas, horas aturcidas e inquietas? Todo igual. La primavera ama y mata... Y las rosas como las mujeres nacieron y crecieron para amar, y ley santa es dejar la buella del perfume en el éxtasis del fervor. La virginidad se hizo para perderla en la vida, gozando de su calor en armonía mutua, mientras se mira el sereno florecer de los astros pensativos y mientras la rueda furtiva del tiempo derrama los inútiles dones....

Las flores marchitadas son poemas piadosos. Transmutan su belleza en ansia de eternidad y sacrificio, siguiendo la armonía y la ruta ligera de la ley natural. Dejar en lo hondo de la entraña fecunda la semilla que fructificará es acción sabia. Lo demás, acaso es sólo el calmado reposo de muerte, el mismo calmado reposo del que espera un don con la voluntad destruida y las pupilas ciegas....

“LA EUROPEA”

Peluquería, Perfumería y Almacén de Primera Clase, acaba de recibir y vende por mayor y menor, preciosas camisas, cuellos, pijamas de la renombrada marca «STAR».

Hay un enorme y excelente surtido de biviadícs (ternos cortos interiores) y corbatas de pañuelo.—Exhibo en mis vitrinas—Local—Esquina Guayaquil y Mejía—Teléfono 5-2-4.

EL PROPIETARIO—VICTOR M. IZA.

Luis Aníbal Sánchez

SU VIDA es un pequeño poema humildemente trágico: era un poeta y murió tempranamente, en los albores del año 1922. Su obra es la expresión artística y pura de su vida.

Las «Palabras con Flordelina» son las *alondras* que cantan y encantan en esta mañana lírica, en que el cielo azul de un alma paradisíaca se riza con las brumas de una inquietud saudosa ante el misterio de las cosas. Se diría que la Esfinge sonrre infantilmente. Flordelina oye como un cuento de hadas el surtidor melancólico que cubierta su elegante salto hacia la altura, para caer, luego, como un corazón fluyente de armonías, sinfonizando, ante el silencio circundante, la infatigable interrogación a lo desconocido.

Los poemas de un dulce y poético recogimiento tienen un sabor confidencial, un algo de ingenuo temblor supersticioso: «Cerremos la puerta»... puede venir el Duende, parece decir nuestro poeta.

«Al beso de una luna enorme *reviven los nenúes antiguos y salen de los cuadros vacíos* que se aburren en las paredes blancas»...

«Por las calles, ateridas de frío... se pasea la *niebla humedecida (?) y presagiadora de milagrerías*».

En este ambiente de infantil calofrío se cromatiza el Emocionario acariciador de este poeta en prosa.

Hay en todo el libro una dulce visión franciscana; *il glorioso provello di Cristo* tenía sobre Luis Aníbal un ascendiente de hermano mayor... La fe cristiana de San Francisco es reemplazada aquí por una creencia no menos sincera en las vidas pasadas y futuras, en el «Reino de la Inmateria



(fuente de las transformaciones), en el espíritu, girón de la Eterna Substancia»:

«Hermana, mañana nosotros estaremos en todas las cosas», dice en uno de sus poemas; y sentía una gran ansia de ser en la jugosidad generosa de la tierra el germen de las vidas humildes: de las incomplejas hierbecitas húmedas y quietas, o de las flores que secan el llanto de las zagalas ingenuas».

Luis Aníbal Sánchez es uno de los precursores del poema en prosa en el Ecuador. Se nota en él la influencia de los de Rabindranath Tagore tal como a éste lo hecho conocer la genial poetisa Zenobia Camprubí de Ji-

ménez. De la estirpe de Aloisius Bertrán y Baudelaire, quiso deliberadamente dejar la senda preceptiva del verso, para hacer un breviario en prosa, de musical esquisitez, esquivo a las adulaciones del gran público.

Sin embargo el lugar común poético-romántico de los cansancios prematuros le hizo decir, entre otras cosas semejantes: «Mi vida ya no tiene objeto...» Esta tristeza inexplicable, pues que Luis Aníbal apenas tenía tiempo para saciarse de curiosidad ante la enorme perspectiva científica que se abre a los ojos del poeta moderno, con una grandiosidad poemática, está muy lejos, desde el punto de vista de la sinceridad, de ese grito, que llenó los siglos, de aquel que pudo decir con razón: «Sólo sé que nada sé». Quizá el mismo Sentimental Sofista le hubiese dicho: conoce primero esta vida y después... vete a conocer las otras. Pues el *mal del siglo*, la melancolía de Werther, la desilusión de Fausto son el resultado de la inmersión audaz e incontentable del pensamiento en las profundidades abstractas de lo imperceptible

hasta aturdirse con el vértigo de lo desconocido; por lo demás esta desazón es tan vieja como el hombre como lo demuestra la homilía de San Juan Crisóstomo al joven desesperado que, abandonando el mundo, no encuentra ni en el claustro el consuelo para ese descontento de todo. O quizá tenga la razón Luis Aníbal: llegamos, los hombres modernos, en las ondas de la vida, con cansancios ancestrales, y abrimos los ojos abrumados por un loco frenesí de partir... Este sentimiento es una obsesión en el bagaje sentimental del poeta:

«Forzamos el cuello a esta muchachita que es la Vida... y me fundiré en la Esencia Suprema, donde el amor palpita como máquina ley...»

«Me va cansando esta monótona cursilería cotidiana que tantas tristezas profundas despetala en mi alma y apenas si me brinda el filtro brujo de un amor extraño y querido».

Qué distinto es el amor que le ofrece esta vida del que espera más allá de la muerte; ¿Pero este amor, este filtro brujo, no le ha venido por ventura después de una vida anterior? La esperanza, la fe de Luis Aníbal en el mejoramiento a través de las vidas sucesivas no le dejó decir: si todos los Más-allá, son como éste, la Muerte, la Guadañadora, es una pobre Vieja Bruja que se burla de esa muchachita que es la Vida.

Libro pequeño, manejo de ternuras e in-

quietudes infantiles, «Palabras con Flordelina», nos hace pensar en lo mucho que podríamos esperar de este poeta tan dulce, que, desdiciendo las rutas trilladas, dió una gran lección de sinceridad; y vestida de musical prosa artística nos dió una poesía tan delicada... y de altos quilates.

En otra parte de esta Revista podrán ver los lectores algunos poemas inéditos que le harán intuir las excelencias prematuras con que ya se anunciaba el dulce Poeta-niño.

Llamamos la atención del lector hacia el poema intitolado «El Rabí Manda»; poema de dulce ironía, nos revela en su autor, una actitud espiritual situada, como dijera Nietzsche, «más allá del bien y del mal». Pienso que Luis Aníbal, con ese puro espíritu acariciador e inquieto, con esa dulzura del Santo de Asís, en una comprensión profunda de la vida, hubiera dicho: hermano Pecado....

En tanto el Tiempo, silenciosamente, ha dejado caer 4 años, como 4 rosas sobre la tumba de Luis Aníbal. Que ojalá, desde el Reino de la Imatería (fuente de las transformaciones) haya pasado el poeta a ser el germen de las vidas humildes, de las incomplejas hierbecitas húmedas y quietas o de las flores que secan el llanto de las zagalas ingenuas.

Palemón Estllita

Dos Inéditos de Luis Aníbal Sánchez

LAS MEDITACIONES

(Introducción a «Psalmodiario» *)

YO no tengo de manera alguna, un concepto malo de la vida. Sólo que no quiero reír. Tal vez sea esto cuestión de criterio personal.

Es éste mío un pesimismo demasiado suave, demasiado bondadoso, que se va disolviendo, poco a poco, en una oración plena de caridad, por todos los seres. De ahí, que pueda decir un psalmo sincero por la flor que muere, por el ave que se hirió al

besar las rosas, por el agua hermana y cristalina, el agua fresca y jocunda que brota de entre la conjunción de hojas primaverales, y aun por el pobrecito can que murió de lepra y por los seres malos y de alma pequeña que amargan la vida de los niños, de las novias y de los poetas....

Además, quizá sea yo un soñador.

Yo quisiera dormirme, dormirme mientras los chiquillos juegan y mientras se desarrolla la línea recta de la vida, y soñar con unas cosas muy blancas, con unos jardines muy puros, muy blancos también; con unas novias de color de lirio que me sonrían, que me abracen y que me digan al oído palabras muy dulces, muy amantes y muy llenas de unción y de ternura. ... hasta desvanecerme, hasta confundirme, para renacer; luego, del caos, para renacer en cada cosa, y estar en la hiedra que guarda a los difuntos, y en la hostia que diviniza a los creyentes, y en

(*) Obra inédita del autor de este artículo.

el juego que alegra a los niños, y en el trozo sangrante de vida que se encierra en las páginas de un libro escrito para hacer sufrir, para hacer amar y para hacer llorar a las novias....

Yo no soy un temperamento impulsivo. Creo que la lucha es una función de lujo, que se saca a relucir para sorprender a los bobos.

Bien es cierto, desde luego, que los grandes luchadores dominaron el mundo y electrizaron, con sus proesas, con la hermosura de su leyenda, a las generaciones. Pero, también, es verdad que ellos no han sido los conquistadores definitivos, los conquistadores de almas.... Porque hay algo más grande, mucho más grande que la fuerza física; algo que es más estable: el Amor, el Amor en cualquiera de sus formas.

Alejandro Magno, el de potente espada, dominó por el mundo conocido. Límites sus tierras no tuvieron. Desde las abruptas regiones de la Macedonia, la tierra legendaria, la tierra ubérrima, llena de armas de tradición, de tigres soberbios y espantosos, de lotos gigantescos y temblantes de suprema voluptuosidad, que es la India; pasando por Atenas, la maga de la Sabiduría, la del cielo azul; pasando por Esparta, la heroica y la de Leonidas; pasando por el Asia Menor tierra de los sándalos, de los incienso y de la Biblia; por Persia la magnífica, la paradisíaca, la de los sátrapas y las concubinas....

Pero Alejandro, quizá en una fiebre superhumana de grandezas, murió muy pronto; y el vasto imperio que había fundado, se disgregó y se perdió entre los mercantilismos y las megalomanías de los capitanes del hijo de Filipo....

Cristo, en cambio, por ejemplo, el buen Jesús, el Jesús de Galilea que tenía la unción santa en sus labios, que eran como dos plenas rosas místicas de caridad y de amor, viste su sayal—que besan los vientos—y, peregrino de la idea se va por los caminales de la Palestina, donde hay polvo, donde la tierra es estéril, y con su voz que canta, con su voz que subyuga, con la gran dulzura y la rica plenitud de su palabra, habla a los montes, habla a las aves y a las fuentes: ... y habla, aun, a los hombres, y a todos los domina....

Y Jesús Nazareno muere en una Cruz: delirio y fiebre más grandes todavía que el supremo delirio de Alejandro. Pero Jesús conquista el mundo virgen, el mundo nuevo,

el mundo sentimental y verdadero: el mundo de las almas....

Porque, aun hoy en día, el que no cree en este dulce Apóstol de Nazaret como Dios, le admira, le sublimiza como Hombre, como el Hombre Supremo....

En esta hora de gran desolación para el mundo, yo quisiera decir mi oración por todos los que mueren, por todos los que fueron y ya no serán; una oración tan enorme, tan grande, tan superhumana.... Y la he ensayado, y apenas si he podido decir:

Hermano Francisco de Asís....!

¿Por qué los hombres se matan?

Acaso, digo yo, por sobre de optimismo, de optimismo orgullosa que les hace rugir.

Para retemplar el espíritu hace falta un poco de pesimismo, del pesimismo que enseña al hombre a ser hombre y no tirano.

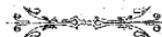
Porque no hablo yo del pesimismo tonto, desesperante y estéril de los que nada quieren, en nada creen, ni nada esperan.

Un pesimismo suave, vivificante, consolador, que tonifique el espíritu; un pesimismo que realice la santa tarea de hacernos sufrir, porque el sufrimiento es el gran filtro, el gran cristallizador de las almas.

Este que corre por mi alma y me hace llorar.

"Padre nuestro que estás en la Vida...."

Setiembre, 24 de 1918.



EL RABI MANDA

El Rabi de cabellos más negros que tus ojos ¡oh amado! y de intensa dulzura pálida en el rostro pensativo, ha llamado a mi alma a fundirse con la Filosofía, y me ha dicho el misterio de las cosas. El rubí cristalizado que es tu boca, dice el Profeta, manará la sangre rubia y joveu ¡y yo beberé del filtro enigmático y supremo: melancolía paradójica. Y la vida seguirá fluyendo....

Mujer, tú de los senos exquisitos: el Señor ha hablado. Y yo bebí de las palabras del Señor.

Rabi Jehová—Jesús de Nazareth, dicen los hombres del Oeste—me enseñó el secreto de tus ojos embrujados: del vino dorado de nuestros vidueños, ofrescamos a los peregrinos romeros, a los pobres mendigos que van por los caminales implorando limosnas de amor....

Porque el Supremo Profeta, Mujer, amada máxima, quiere que, de los rosales, haya rosas para todos los romeros de la tierra.

Anada: el Rabi de cabellos morenos y de ojos ensañadores, me ha enseñado el secreto de tu cabellera maga: del jocuno vino de nuestros vidueños, ofrescamos una primicia a los tristes mendigos de amor....

¡Mujer!

Para fundirnos, así, en la Gran Filosofía del Rabino, Señor entre todos los Profetas....

Jorge Hübner Bezanilla

La Poesía Moderna en Chile

(CONCLUSIÓN)

VIVIR

No he visto sus pupilas ni he sentido su halago,
las horas se adormecen sobre mi corazón
y todo es tan lejano, indiferente y vago,
que semeja mi vida un ciego en un riuacón.

Acaso alguna tarde terramonte aburrída,
su silueta en la hora doliente y desmayada,
deje un perfume vago de muerte y despedida,
el último perfume que se llevó en su almohada.

Y pasará a mi lado Miraré sus pupilas:
te hundirán en mi espíritu como anclas luminosas.

Será la tarde de oro Las almas intranquilas
verán la indiferencia maliciosa de las cosas.
Doblará lentamente la dorada cabeza
y dejará un perfume y pasará sonriendo,
... y seguirá viviendo... y seguirá viviendo.

Otro Cruchaga, Juan Guzmán Cruchaga,
es también una de las voces más hermosas
del continente.

Nacido en 1896, ha publicado «Junto al
Brasero» (1914), «La Mirada Inmóvil» (1919),
«Chopin» (1919), «La Princesa que no Tenía
Corazón» (1920), «Lejana» (1921), «El Maleficio
de la Lana» (1922), y «La Fiesta del
Corazón» (1922).

Es el poeta aristocrático por excelencia, el
poeta de las palabras finas y las comparaciones
elegantes. Su forma es de una diáfani-
dad y un refinamiento admirables y su espí-
rita de una sentimentalidad y una sutilidad
altísimas.

CANCION

Alma, no me digas nada
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás «extinguida».

Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana enorizada.
Mi lámpara estremecida
dió una inmensa llamarada.
Hoy la hallarás «extinguida».

Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.

Un poeta, destinado a ser de los más gran-
des de América, Andrés Silva Humeres, ha

sido detenido por la crítica en mitad de su
camino. En 1920, publicó «Versos Huma-
nos». No seleccionó. Apenas, hizo una
división de partes, correspondientes a sus
épocas. Las tres cuartas partes del libro
no valían, en realidad, pero debió verse
el temperamento que acusaban algunas com-
posiciones del libro. Alguna sensible, Silva
Humeres, mal recibido, ha pasado largo
tiempo sin escribir.

Había en él elementos de primer orden
para hacerlo un grande autor moderno. Me-
dítese:

Raaga, Señora, por los enfermos y por los parias,
por los que sufren la honda penuria
de unas tristezas y unas maldades hereditarias;
por los que beben, a grandes dosis
lícar de olvido, muerdos de incuria,
al pie del busto de la neurósia,
o entre las garcas de la lujuria,
y por nosotros, los solitarios empedernidos,
que caminamos ensombrecidos,
bajo esta enorme tristeza humana,
bajo este negro cielo sin sol,
y en medio de esta paz cotidiana,
que tiene hastios de cortesana
y lentitudes de caracol.

En cambio, Carlos Prieto Aravena se impuso,
de golpe, a la consideración con su primer
único libro «De mi Herida» (1919), destinado
a florar un gran dolor, que consiguió eterni-
zar en estrofos maestras. Desgraciadamente,
la premura del tiempo me ha impedido en-
contrar uno de los ejemplares de su libro, y
sólo puedo citar unos cuantos versos:

Mirame cómo voy viviendo apenas
caugado del dolor de no mirarte,
mirame cómo sufro por no amarte,
cómo huieron de mí las tardes buenas...

comienzo de un soneto que aprendió de me-
moria toda la juventud.

Julio Talanto puede decirse que no publica
aun su primer libro, porque ha tenido un
cambio espiritual y una prodigiosa ascensión
desde las «Plegarias de la Carne».

Espíritu de insatisfecha curiosidad, Talanto
es de nuestros pocos escritores que estu-
dian. Creo que nadie posee, como él, la
literatura griega. Nadie se asoma siquiera a
la exégesis bíblica, que le es familiar. Y,
vale más aún, que por sus estudios, por su
corazón generoso, de ternura de niño.

ROMANCE DE CIEGOS

Al verlo venir a tientas
buceando en la obscuridad,
que entorpecía sus pasos,
como una red infernal,
salí camino adelante
con palabras de bondad,
a ofrecerle, como antaño,
el pan, el agua y la sal

¿La obscuridad? Tú no sabes
lo que hay en la obscuridad!
Principio y término es ella
de este infinito ensañar
con que los hombres explican
el misterio universal.
¿Los ojos? ¡Pero qué saben
los ojos sino engañar!

Tú no has mirado el abismo.
Tú no has podido mirar,
cómo miran los que nunca
tuvieron ojos! Tú vas
afirmado en tus pupilas,
como un inválido va
afirmado en sus muletas
para poder caminar...

Carlos Préndez Saldías, (nacido en 1892), ha publicado «Misal Rojo» (1914), «Paisajes de mi corazón» (1915) y «El Alma en los Cristales» (1922). Cada libro lo sitúa más alto; Ha ido conquistando la sencillez perfecta y ha conseguido mostrar diáfanoamente la belleza de su espíritu. Desde hace mucho tiempo, se cuenta entre nuestros mejores poetas.

BALADA MONTAÑESA

Mujer, suelta la rubia cabellera
al loco viento del atardecer.
Verás que hay luz en la campiña entera
y una visión de claro amanecer.

Moja tu pie de lirio en la vertiente,
qué ágil el agua sentirás correr!
y en el nuevo cantar de la corriente
hasta el labriego te ha de conocer.

Alza las manos de rosa florida,
tiende a la brisa su alba peñeque;
todas las aves dejarán su nido,
viendo que el aire empieza a florecer!

Canta al paisaje tu vivir sencillo
de quieta y ruborosa placidez;
será tu voz una canción de gusano
refrescando los oros de la mies!

Y deja el corazón en la ventana
de este brumoso pueblo montañés.
Cuando bajen por agua las aldeanitas
¡han de sacar amores cada vez!

Carlos Acuña, que tiene todos los tonos y los cultiva bien, está mejor en la poesía eglógica. Se siente que es tierra chilena la que canta, se siente como su espíritu asfixiado en la ciudad, va a beber el aire oxigenado de los campos de su infancia.

Nacido en 1889, ha publicado «Floración Agreste» (1907), «A Flor de Tierra» (1903), «Vaso de Arcilla» (1917), y «Capachilo» (1921).

FLAUTA RUSTICA

Me anegaré en tu perfume
con una ansia de llorar,
en ti lincaré mis rodillas
y mis manos se hincarán
por dichoso de mirarte
y de volverte a encontrar,
por abrazarte de nuevo,
tierra de mi mocedad!

Por los caminos livianos
mi espíritu alegre irá
gozando en las florecillas,
trixando en el verde herbal,
con el solaz de la brisa,
prisionera en la ciudad,
que se va por los senderos,
sin mirar adonde va!

Me enredaré en los ramajes
con la furia de un terral,
y peinaré los sembrados
con olivajes de mar;
y las plúmulas de cardo
al cielo se aventarán
blancas y leves, puñados
de semillas al azar!

He de abrir mi alma y mis brazos
a la azul inmensidad,
a las noches estrelladas
al rebano y al solar,
a las espigas de oro
y a las mieles del beldad.

Mojaré mi fance seca
de la leche del corral,
y untaré del trigo rubio
que las mozas lavarán
y la harina de la piedra
en mis labios blanqueará,
en esta hambre y sed benditas,
con que torno a mi heredad!

Tenemos que sentir más esta poesía que cualquiera española. Es puramente nuestra. ¡Y con qué talento y con qué emoción! escribe Carlos Acuña!

Siendo sincero consigo, en muy otro tono escribió **Pedro Sienna**. Nacido en 1893, ha publicado «Muecas en la Sombra» (1917), y «El Tinglado de la Farsa» (1923).

Su espíritu aventurero y su precoz facilidad para la declamación le llevaron al teatro. Gran parte de su obra está consagrada a la farándula. Y al contraste de su vida. Mientras sobre los proscenios aparece como el galán alegre, la innata pena que a la adolescencia dejaba un perfume de distinción en sus estrofas, le va enjutando el rostro. Quiembra ya en los sonetos, como luces de engaño, las trémulas bombillas de las candilejas y mira encenderse a lo lejos, como un llamado de estrella, la veladora lámpara familiar.

ASI ES

Al tric-trac de la máquina de coser, las modistas luguanas bordadoras de ensueños y costuras, piensan en la suprema visión de ser artistas, y lucir en las tablas pomposas vestiduras.

Al amor de la lámpara, hojeando las revistas, que de una tiple cómica cuentan las aventuras, las birguesitas sueñan con teatrales conquistas y en soñar el paudero de las siete locuras.

¡Tántica vislumbre de luz de randlejas!
Cuántas muchachas viven en perenne tortura,
porque nunca han logrado tu claro lumínari!

En cambio, las actrices se van haciendo viejas,
acariciando siempre la remota ventura
de concluir sus días en la paz de un hogar!

*La ilusión universal que cuando se deshoja
deja un perfume perenne, le ha hecho decir:*

Esta vieja herida que me duele tanto
me fatiga el alma de un largo ensobar;
florece en el vicio, solloza en mi canto,
grita en las ciudades, aulla en el mar....

Siempre va conmigo, poniendo un quebranto
de noble desdicha sobre mi vagar.
¡Cuánto más antigua tiene más encanto!
¡Dios quiera que nunca deje de sangrar!

Y como presiento que pueda algún día
secarse esta fuente de melancolía
y que a mi pasado recuerdes sin llanto,
por no ser lo mismo que toda la gente
yo voy defendiendo, románticamente,
esta vieja herida que me duele tanto.

Batallador fue siempre O. Segura Castro,
(Juan A. Araya, nacido en 1890). Nunca
entró sin violencia en contiendas y alguna
vez hirió al bueno. Pero arremetió siempre
con la visera levantada y templó sus armas
en fuego de pasiones nobles.

No ha querido publicar libros.

Va con los años amontonando carillas, esas
carillas que el mercader mira con desprecio,
porque no recuerda que con ellas se compra
la gloria.

Y algún día dará un volumen. Será una
obra atormentada y dura, de poesía recia y
honda.

EN TORNO DE LA LAMPARA

Nó sé que fuerza extraña tiene tu joven vida,
qué fuerte magnetismo, qué rara ulnicidad,
que, a través de los tiempos y a través de la vida,
mi sombra va a tu sombra perennemente asida
y tu alma me rodea como una eternidad.

En la ausencia revive tu carácter inquieto,
y palpitan y me hablan tus fútimos amores
con el lenguaje triste que ensayau en secreto
las estrellas perdidas en el azul inquieto
y el árbol fantasmal, ahito de rumores.

Tus actos se reaniman, tus móviles oscuros
resplandecen a la hora que sólo yo comprendo
cuando entre el malestar de los causados muros
el crepúsculo enarca sus presagios oscuros
y el nocturno destino de la lámpara enciendo.

Entonces sale a luz—como un hilo glorioso,—
el encanto inefable de tu vida lejania;
tu cuerpo, tus modales, tu espíritu curioso.
Tu actitud preferida, tu conversar glorioso
¡si parece que entrara el sol por la ventana!

Parece que unos dedos invisibles abrieran
un bello libro, hojeado en épocas distantes,
para que en él mis ojos a contemplar volverán
las pecmas dormidos, las páginas que abrieran,
...violando su tesoro—mis avidedez, autes....

Y veo en el pasado mis abruptas andanzas
en pos de tus virtudes tu morada, tu reja,
el diólogo primero, los sueños y esperanzas,
todos los imprevistos de aquellas mis andanzas,
en que, como un espectro, vagué por tu calleja.

Todo veo en el libro misterioso. Tu triste
juventud, en mi cuarto, tema forma radiosa,
palpitas como un alma en todo lo que existe,
y en el círculo pálido de la lámpara triste
patece que rondaras como una mariposa.

¡Oh, bella mariposa, cuando alejes tus alas,
de tu llama convulsa de mi lámpara, piensa,
que en el instante mismo de ocultarse tus galas
rodará en el vacío mi juventud sin alas
y será un astro muerto sobre la vida inmensa.

Alfredo Guillermo Bravo, nacido en 1890,
ha publicado: «El jardín de mis ensueños»
(1910), «La torre sonora» (1914), y «La
isla de oro» (1922).

En 1911 tuvo un gran triunfo en el Ateneo
de Santiago. La multitud emocionada lo
aclamó largamente. Había recitado su poema
a Teresa de Jesús.

En 1912 tornó a Valparaíso. Desde allá,
ha enviado sus libros, claros vasos de ensueño;
pero la distancia pone una sordina la
elogio de la crítica y reduce el espacio, que
acuerdan los periódicos.... ¡Tan injustamente!

Véase qué violenta luz moderna, ha sabido
arrojar sobre la mística de Avila que, vestida
de negro, se iba perdiendo en las encrucijadas
de la historia:

Diceu que eras hermosa como una primavera,
que mirabas con ojos hondos como un dolor,
que caía en cascada negra tu cabellera,
que tus manos ducales cual la mística cera
del altar, eran blancas, suaves y sin calor
y diz que tu alma hallábase forastera en la tierra—
alma de iluminada, de celeste adalid—
que vivías pensando, como una flor que cierra
su broche, a los azotes del viento, y que en la guerra
contra el pecar, te alzaste sublime como el Cid.

Hoy, cuatrocientos años después, cuando domina
la vanidad que obliga a negar o deseñar,
se halla en tela de juicio vida tan peregrina,
los psicópatas burgan en su ciencia anodina,
unos sonríen y otros invocan a Voltaire....

Y aunque fué tu hermosura la de una primavera,
inculpan a tu carne no sé qué oculto horror,
y aunque tu alma en la tierra se hallaba forastera,
hay quien afirma: «espíritu enfermo de quimera,
una loca, obsecada por la fe del Señor!

Fuiste una formidabile soñadora—Supiste
en medio de la humana ruindad, sólo exprimir
quimeras en el cáliz de tu gran alma triste.
No te saciaste nunca de soñar y moriste
acariciando el sueño de un más alto vivir!

Y tu amor fué infinito.—Cifráste las delicias
de tu ser impoluto, como luz, como flor,
en ofrendar las blancas rosas de tus caricias
a un Esposo Invisible.... Entregaste primicias
por promesas.... ¡Oh, inmensa maravilla de amor!
Más que santa, eres héroe—Tus místicos delirios
pudo acaso engendrarlos tu propia condición,
pero tu hambre de cielo, tus conscientes martirios
tu certidumbre férrea de ver al fin los lirios
de tu esperanza abiertos, gestos de héroes son.....

Parnasiano era **David Perry**, (nacido en 1896), cuando en 1915, publicó sus «*Témpanos Errantes*».

Eran versos que evocaban bagueños de maderas finas y que con sus palabras seleccionadas y de música abrían a la vida la ventana de las sugerencias.

En las evocaciones, conseguidas con simples trazos, se presentaba el hondo poeta meditativo que es hoy.

Miniaturas de cuadros, prodigiosas de perfección y vestidas de dificultades, pasaron inadvertidas en un año que fue de obscuro simbolismo.

TERTULIA

En los pausados giros de las viejas pavañas se entremezclan los suaves crugidos de las colas y van los uniformes de finas filigranas con sus largos estuches y sus ilustres golas.

Distinguidos varones y vestidas ancianas se miran impasibles en las altas consolas, y en los redondos vientres de finas porcelanas ponen sus toques rojos las grandes amapolas.

Cautivo en un circuito de adorables espaldas, entre un crugir de sedas y un palpitir de faldas, refiere sus galantes proesas el marqués.

Y quiebran las bujías sus cambiantes reflejos en las brillantes calvas de un corrillo de viejos que juegan bostezando partidas de ajedrez....

Roberto Meza Fuentes, (nacido en 1899) consiguió, desde niño, la atención intelectual.

A los dieciséis años, (1916) dió «*El Jardín Profanado*», versos ya hermosos y prometedores, como botones de flor.

Acaso él no quiera su libro. Pero su voz infantil penetraba con la simpática tristeza que irradian los pálidos predestinados del arte.

Después vivió, sufrió y siguió camino adelante por el sendero difícil... No ha querido publicar otro libro. Quiere entregar sus rosas con el rocío de mil albas...

BALADA

La canción me brota en todo lugar; fluye como cándida rosa del rosal, como fuente clara de su manantial. Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

Siguiendo tu huella, me pierdo en el mar. Las olas arrullan y encienden mi alán. Tus manos en ellas llamándome están. Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

Sombra de tu sombra, que nunca verás sin que tú lo sepas, a tu lado irá, bebiendo de tu rosado panal, tejéndote alfombra verde y musical, dándote su humilde rocío cordial, como un sorbo pristino de aire elemental, Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

La palabra se hace por ti de cristal y el eco florece puro y matinal, por besar tu aliento que viene del mar. Disuelto en el eco te salgo a encontrar. Nunca, nunca, nunca te podré olvidar.

Rompiste mi vida, sonriendo quizás, como arranca el niño rosas del rosal, como hierre alas que quieren volar, Y ya nunca nunca te podré olvidar...

Los poetas chilenos de la época del modernismo cumplieron su misión:

Cantaron la inquietud de la época, que era la propia inquietud, con un tono severo y alto, propio de la raza.

Muy pocos se dejaron contagiar por los accidentes formales de la gran renovación; muy pocos incrustaron en sus versos las palabras exóticas que, en tanto país, se tomaron como esencia del movimiento.

Pero el arte no se detiene jamás.

La obra vale muchas veces por estados de ánimo que se aclaran en las generaciones que vienen....

La rapidez moderna se está cristalizando en muy diferente manera.

Creacionismo, paralelismo, simultaneismo, unanimismo, dadatismo, tienen puntos de contacto; la descripción y la anécdota, se reducen a dos palabras, cuando no se suprimen; la metáfora inexplicada, queda para los que tienen idéntica visión; la unidad de la concepción suele ser el momento cerebral que explica la heterogeneidad de los elementos acumulados; cada línea ha de tener una belleza propia, tal que casi pueda vivir por sí misma; el sentido lógico pierde su valor ante el devenir de las sugerencias...

Acaso estas características no consigan jamás constituir una obra perdurable; pero valen en todo caso por las posibilidades que entregan.

Muchas escuelas zozobraron con todos sus tripulantes, pero, en las obras del período siguiente, un matiz nuevo es la justificación de las vidas, que, sacrificadas por un tiempo de transición, naufragaron en el olvido.

En Chile los nuevos cultores se llaman Romeo Murga, Pablo Neruda, Benjamín González, Juan Marín, Rojas Jiménez, Víctor Barberis, Rubén Azócar, Manuel Eduardo Hübner.

Tendrán la incompreensión de las multitudes que se nutren siempre del arte de ayer.

Pero hay quienes trabajan para abrirles la senda de las simpatías.

Jean Emar (Alfaro Yáñez) ha puesto toda la claridad de su cerebro y toda la fuerza de su preparación múltiple al servicio de la renovación ineludible.

Acortará con su esfuerzo laudable, la acción lenta del tiempo.

Ya una página de este diario—debida totalmente a él—es la torre de los vigías del futuro.

Ninguno de los nuevos tiene realizada su obra.

De Pablo Neruda (nacido en 1904) dijo con acierto Alone:

«*Falta el agua de la emoción humana, falta el tiempo vivificador. Se hace, sin duda, en las entrañas del campo el misterioso*

CLARIDAD

A VECES siento extraña la actitud de la Vida:
Su perfume es sonrisa, y, hasta el mismo Dolor
Llega como esperanza muy santa y bendecida
A disipar la Duda, la Sombra y el Temor....

Es la Vida la Esfinge coronada de rosas
Que llega hasta a ofrecernos en flor su corazón;
Y extendiéndolo a las llagas sus manos luminosas
Ungé nuestras almas de Amor y de Perdón,...

De ahí que a veces siento aromas de cariffo,
Las rosas sin espinas y en toda Claridad....
Resucita en mis labios la sonrisa del niño
Que sueña que se acerca la blanca Navidad....

Y aspiro en el ambiente una rubia promesa,
Y crece esa locura de vivir para amar....
Me embarga una ternura sin sombras de tristeza....
Como una flor humilde tengo una alma que dar...!

Y perdonando todo y a través de mis lágrimas
Que son como unos prismas de Purificación;
He sentido la vida cual caricia de una ala
Y en sus cosas presiento latir un corazón....

Olmedo del Pozo D.

trabajo de la naturaleza: pero, hasta ahora, nosotros solamente podemos presentirlo acercando mucho el oído, con buena voluntad, con amor, y examinadas también al microscopio las ligeras hierbas verdes, tiernas que asoman muy espaciadas y ténidas a la luz».

Yo también he visto en Neruda la semilla de los grandes árboles.

Pero, para terminar, quiero citar una poesía, rica de melodía y sugerencias de que es autor aquel Salvador Reyes a quien yo veo a la avanzada del grupo y que tiene la obra «más hecha» de su generación.

EL TESORO

Lo mismo que una barca a la deriva
mi corazón va por los mares grises,
Lo tripulan mujeres pensativas...

Y en los largos ociosos marineros
el viento agita entre las jarcias de oro
los vagos estándares del recuerdo.

En este absurdo viaje sin derrota,
igual que un capitán desventurado,
voy echando tesoros por la borda....

Ya sólo quedan a mis tripulantes
mis nostálgicos cantos de indolencia:
con que adornar sus almas y sus carnes.

Como recibe a los marinos muertos,
el mar recibe todos mis tesoros.
¡El mar que un día acogerá mi cuerpo.

Y entre los peces y entre los corales,
van durmiéndose a popa de mi barco
rosas fastuosas y crepusculares.

Para alaviar de seda a las mujeres
que acompañan mi viaje a la deriva
aún me quedan los cantos indolentes.

Pero también los perderé... La última
riqueza que irá al mar serán los cuerpos
de estas mujeres blancas y desnudas....

Salvador Reyes hizo, a los veinte años, un inmenso servicio a la poesía chilena, un servicio que tempranos imitadores han querido apropiarse pero que irá junto a su nombre para siempre:

¡Descubrió el mar!

LOS GRANDES PENSADORES

Máximas del Libertador Simón Bolívar

UNA sola debe ser la patria de los americanos; y la Justicia sola es la que conserva las repúblicas.

El que lo abandona todo por servir a la patria, no pierde nada y gana cuanto le consagra.

La gloria está en ser grande y en ser útil.

Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote.

El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.

Para formar el Universo pedía Descartes, materia y movimiento. Para formar un sistema de Justicia o un gobierno, se debe pedir la *igualdad* que es la materia y sin la cual no hay nada justo, ni útil para lo mismo; y la *libertad* que es el movimiento de la naturaleza social, pues no hay acción moral sin cierta libertad.

En la marcha de los siglos, podría encontrarse quizá, una sola nación cubriendo al Universo, la federal.

El pueblo que combate con fe, por fin triunfa.

La justicia es la reina de las virtudes republicanas, y con ellas se sostienen la igualdad y la libertad que son las columnas de este edificio.

Serviles: No scáis más tiempo ciegos; aprended a ser hombres.

Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la optención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud, y no todos la practican; todos deben ser valerosos, y no todos lo son; todos deben poseer talentos, y no todos lo poseen.

El progreso de las luces es el que ensancha el progreso de la práctica, y la rectitud del espíritu es la que ensancha el progreso de las luces.

No puede haber república donde el pueblo no está seguro del ejercicio de sus propias facultades.

Jesús, que fue la luz de la tierra, no quiso dignidades ni coronas en el mundo; él llama a los hombres hermanos, les enseñó la igualdad, les predicó las virtudes cíviles más republicanas y les mandó ser libres, porque les amonestó que debían ser perfectos. No hay perfección en la servidumbre, ni moral en el letargo de las facultades activas de la humanidad.

Huíd del país donde uno solo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos.

Para el logro del triunfo siempre ha sido indispensable pasar por la senda de los sacrificios.

Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza, y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; la ambición, la intriga abusan de la credulidad y de la inexperience de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico o civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia.

El amor a la patria, el amor a las leyes, el amor a los magistrados, son las nobles pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano.

Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente.

Saber y honradez, no dinero, requiere el ejercicio del poder público.

Cuando habla el deber es necesario seguirlo en el silencio de todas las afecciones.

El pueblo es la fuente de toda la legitimidad y el que mejor conoce, con una luz verdadera, lo que es conveniente y lo que es justo.

La instrucción, que enriquece las facultades del alma, es el complemento de la naturaleza.

El infortunio es la escuela de los héroes.

La constancia ha triunfado siempre.

No se puede reinar sin equidad.

NOTAS

Por encargo del M. I. Concejo Municipal de Ambato y del Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Homero Viteri Lafrontera, la Sociedad AMIGOS DE MONTALVO publicará en breve un libro en recuerdo de DON JUAN MONTALVO, que contendrá la relación detallada del homenaje realizado en París, al colocar la lápida en la casa en que murió el Cervantes de América.

La dirección de los trabajos tipográficos se ha encomendado al Sr. Dn. Cristóbal de Gangotena y Jijón, quien se ha ofrecido, galantemente, a efectuarlos.

La Sociedad AMIGOS DE MONTALVO, que busca los elementos más valiosos de la intelectualidad nacional y extranjera para laborar en conjunto por los ideales latinoamericanos, en una de las últimas sesiones, nombró socios activos al poeta Guillermo Bustamante y al Sr. Jorge Hübner Bezanilla, secretario de la Legación de Chile.

En la próxima edición de nuestra Revista publicaremos algunos trabajos de prosistas y poetas nacionales, que por falta de espacio sentimos no insertarlos en este número.

Anotamos los trabajos que ofreceremos a nuestros lectores: *Bajo el Cielo de Francia—La Exposición Internacional de Arte Decorativas en París*, por César E. Arroyo; *Crónicas de Viaje—Visiones Errantes*—por Julio P. Mera; *La Génesis del Arte y sus Rumbos Futuros*, por Leonardo Visconti; *El Dolor Metafísico*, por Gerardo Falconí; *El Canto de la Raza*, por Alberto Nicola Parra; *El Eucalipto Gigantesco*, por Guillermo Bustamante, y poemas de Enrique Avellán Ferrás.

La fotografía que exorna la portada de esta edición es un fragmento del hermoso cuadro del artista Don César A. Villacrés, titulado "El Genio de la Guerra y la Poesía Americana".

Sea esta la ocasión de manifestar al distinguido artista nuestros más sinceros agradecimientos por el interés que ha demostrado por AMÉRICA, proporcionándonos algunos trabajos que son, indiscutiblemente, un prestigio del arte nacional.

Próximamente daremos cuenta de los libros, revistas y periódicos nacionales y extranjeros que hemos recibido últimamente.

Palacio Arzobispal
junto al Almacén
Woolfson

LA MARINA

P. O. B. 269
Quito-Ecuador

TALLER Y ALMACEN DE CALZADO

DE GUERRERO HNOS.

Este antiguo y acreditado establecimiento, cómodamente equipado cuenta con el mejor personal de operarios nacionales y se halla en capacidad de atender al detalle o por mayor para dentro y fuera de la República, como también de verificar trabajos sobre medida

al rigor de la moda

**Compañía
de Préstamos**

BANCO DE DEPOSITOS

Capital \$ 1'000.000 ——— Reservas \$ 410.000

PAGAMOS POR DEPOSITOS:

en cuenta corriente	3 %
a la vista	3 %
a 3 meses	4 %
a 6 meses	5 %
a 12 meses	6 %

LOS CHEQUES ENTREGAMOS CON TIMBRES

Recibimos cheques y letras a cargo de cualquier Banco de la ciudad o de la República.

Procuramos la más rápida y cuidadosa atención para todos nuestros clientes.

GIROS SOBRE GUAYAQUIL

FRANCISCO ALVAREZ PEREZ

Cirujano — Dentista

Calle Venezuela, N° 51

TELEFONO 6-1

SELECCION DE OBRAS--VARIOS AUTORES

Vicente Blasco Ibáñez, Emilio Zola, Víctor Hugo, Danti Alighieri E. de Amicis, Alejandro Dumas (padre), Eugenio Sue, Santos Chocano, José Joaquín de Olmedo, Ernesto Renán, Miguel de Cervantes Saavedra, Máximo Gorki, Manuel M. Flores, Guy de Maupassant, Gabriel D'Anuncio, Camilo Flammarion, L. Trozki, Gustavo Le Bon L. Chevreuil, Camille Maclair, Doctor Marden, Felipe Trigo, Eduardo Zamacois, Ricardo León, Emilio Carrere, Francisco Villaspesa, Enrique Gómez Carrillo, Ramón del Valle Inclán, Juan Valera, Amado Nervo, José Ortega y Gasset, Gustavo Adolfo Becquer, Eugenio D'Ors, Amós de Escalante, José Enrique Rodó, Jacinto Benavente, Manuel Machado y otros grandes Autores.

¡El surtido mayor en librería y los precios más baratos de la Capital!

Obras de Literatura-Historia-Geografía-Agricultura-Ciencias-Artes etc. etc., encontrarán en la

EDITORIAL ARTES GRAFICAS

Librería, Papelería, Imprenta y Centro de Suscripciones

de CANDIDO BRIZ SANCHEZ

Carrera Venezuela N° 73

Teléfono 4-0

QUITO—ECUADOR

Revistas: de Actualidad y Revistas de Modas para señoras y niños. Llegan de Europa, Estados Unidos, y Sud-América por todos los correos.

Imprenta: trabajos nítidos, con arte y buen gusto, se hacen cuando Ud. ordene y a precios más bajos que los de mis competidores, asegurándole puntualidad y esmero en toda obra.

Semillas: de hortalizas, venta por paquetes, onzas y libras. Las únicas semillas que dan ventajoso rendimiento.

Papelería: Surtido completo en papel para correspondencia comercial y particular: sobres, facturas, cuadernos, libretas, libros para contabilidad, tinta, lápices, cauqueros, borradores, fechadores, agarradores, attaches, cintas para máquina, secantes, cartones, cartulinas, papel y percalina para encuadernadores, papel fino y ordinario para obras, tinta de imprenta de varios colores, papel crupé y de seda en varios colores, cajas de papel de fantasía blanco, de colores y luto, tarjetas de visita, de felicitaciones y bautizo, partes de matrimonio; surtido variado y precios los más baratos de plaza.

FABRICAS DE TEJIDOS DE JACINTO JIJON Y CAAMAÑO

ARTICULOS DE ALGODON :

Casinetes — Camisetas — Calzoncillos — Calcetines — Cotín — Chamelote — Driles — Franelas — Hilos — Lienzos — Lonas — Limpiones — Manteles — Medias — Pañolones — Satines — Servilletas — Sobrecamas — Tela afelpada — Tela de guardas para pisos y macanas — Tela para sábanas, manteles y cortinas — Toallas y otros artículos más.

TEJIDOS DE LANA :

Bayetas — Casimires gran surtido — Cobijas — Franelas — Gualdrapas — Jerga — Ponchos con y sin fleco. — Pañolones enteros y de media hoja — Mantas de viaje, etc. etc.

BOTONES DE TAGUA :

PRECIOS sin competencia — Calidad Superior. — Tinturas firmes.

DEPOSITO :

ALMACÉN, CARRERA SUCRE N° 9.

AGENCIAS :

EN Latacunga, Ambato, Riobamba, Alausí, Cuenca, Guayaquil y Manta.